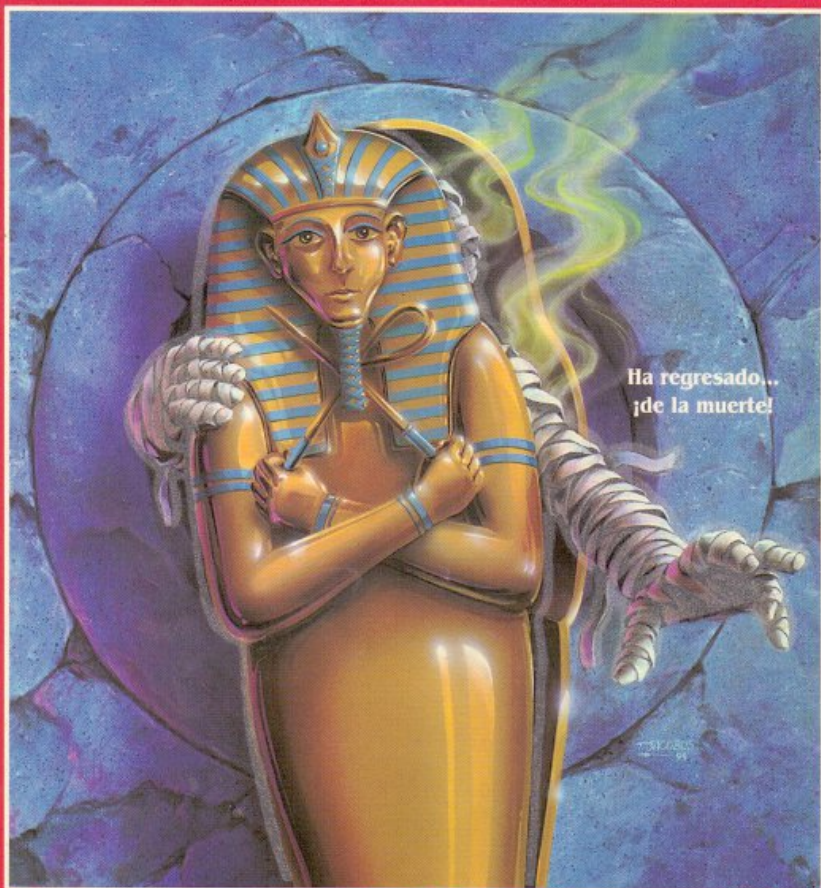


R. L. STINE

pesadillas®

El retorno de la momia



Ha regresado...
¡de la muerte!

98

Tras la aterradora experiencia vivida el verano anterior, Gabe está un poco nervioso con la idea de regresar a Egipto. Le asusta volver a entrar en las misteriosas pirámides donde vio a todas aquellas espantosas momias.

Entonces oye hablar de una superstición egipcia. Se trata de unas palabras secretas que devuelven la vida a las momias. El tío Gabe cree que es una tontería, pero parece que algo se mueve en las tumbas. No es posible que unas simples palabras puedan despertar a los muertos...

¿O tal vez sí?



R. L. Stine

El retorno de la momia

Pesadillas - 33

ePub r1.0

javinintendero 08.07.14

Título original: *Goosebumps #23: Return of the Mummy*

R. L. Stine, 1997

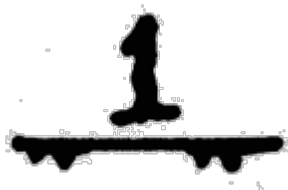
Traducción: Maite Subirats

Editor digital: javinintendero

Digitalización del texto: Chuso101, javinintendero

ePub base r1.1





—Gabe, aterrizaremos en pocos minutos —me dijo la azafata, inclinándose hacia mi asiento—. ¿Te espera alguien en el aeropuerto?

—Sí. Seguramente un faraón egipcio milenario —bromeé—. O, tal vez, una horripilante momia descompuesta.

Me miró fijamente.

—Hablo en serio. ¿Quién te espera en El Cairo?

—Mi tío Ben —respondí—. Pero le encanta gastar bromas pesadas. A veces se disfraza de formas muy extrañas para asustarme.

—Me dijiste que tu tío era un famoso científico —comentó.

—Exacto —continué—. Pero también es una persona muy peculiar.

Ella rió. Aquella muchacha me gustaba. Tenía un bonito cabello rubio. También me gustaba el modo en que movía la cabeza mientras caminaba.

Se llamaba Nancy y había sido muy amable conmigo durante el largo vuelo hasta Egipto. Sabía que aquélla era la primera vez que viajaba solo en avión y se preocupaba en todo momento de si necesitaba algo y de si todo iba bien. Sin embargo, me trataba como a un adulto. No me regaló uno de esos libros en los que tienes que unir puntos para hacer un dibujo ni tampoco pins de avioncitos de plástico como los que siempre reparten a los niños las azafatas. Continuamente me traía bolsas de cacahuetes, más de las que me correspondían, aunque en realidad no podía hacerlo.

—¿Por qué vas a visitar a tu tío? —preguntó Nancy—. ¿Sólo para pasar las vacaciones?

Asentí con la cabeza.

—También vine el verano pasado —le expliqué—. ¡Fue genial! Pero este año, mi tío Ben ha estado realizando unas excavaciones en una pirámide inexplorada. Ha descubierto una antigua tumba sagrada. Y me ha invitado a venir para que esté presente cuando la abra.

Ella sonrió e inclinó la cabeza hacia un lado.

—Tienes mucha imaginación, Gabe —comentó.

Seguidamente se dio la vuelta para atender la petición de un pasajero.

Lo cierto es que sí tengo mucha imaginación pero no me estaba inventando nada. Mi tío Ben Hassad es un arqueólogo famoso que durante muchos años ha realizado investigaciones sobre las pirámides. He leído artículos que hablan de él en los periódicos e incluso, una vez, salió en el *National Geographic*.

El verano pasado, toda mi familia visitó El Cairo. Mi prima Sari, la hija de mi tío Ben, y yo vivimos emocionantes aventuras en las cámaras de la Gran Pirámide.

Mientras contemplaba el cielo azul a través de la ventanilla, recordé que Sari también iba a estar ese verano. Me pregunté si esta vez iba a darme un respiro.

Mi prima me cae bien. El problema es que es demasiado competitiva. Siempre tiene que ser la primera, la más fuerte, la más lista, la mejor en todo. ¡Es la única chica de trece años que conozco capaz de convertir un tranquilo desayuno en una competición!

—Atención, personal de cabina. Prepárense para el aterrizaje —anunció el piloto por el altavoz.

Me incorporé un poco para tener una mejor panorámica de la ciudad de El Cairo, mientras descendíamos. Un fino hilo de color azul atravesaba la ciudad. Ya lo había visto antes. Era el río Nilo.

La ciudad se extendía a ambas orillas del río. Si se prestaba atención, se distinguían altos rascacielos de cristal junto a templos de escasa altura. El desierto empezaba donde acababa la ciudad. Era una inmensa extensión de arena que se perdía en el horizonte.

Empecé a notar el estómago un poco revuelto. Las pirámides

estaban en algún lugar de aquel inacabable desierto. Y, uno o dos días más tarde, yo estaría bajando a una de ellas, siguiendo a mi tío hacia una tumba que nadie había abierto en miles de años.

¿Qué podíamos encontrar?

Extraje una diminuta mano de momia del bolsillo de la camisa y la observé. Era incluso más pequeña que la mano de un niño. Se la había comprado por dos dólares a un muchacho en la venta de objetos en un garaje. Me dijo que se llamaba el «Gran Invocador» porque era capaz de convocar a todos los antiguos espíritus malignos.

Si no era la mano de una momia, lo parecía. Los dedos estaban envueltos en vendas de gasa de las que sólo asomaba una punta negra como el alquitrán.

Creía que se trataba de una vulgar imitación, fabricada en goma o plástico. En realidad, nunca pensé que se tratara de una mano de momia de verdad, pero el verano anterior aquella mano había salvado la vida de todos nosotros. El chico que me la vendió tenía razón. ¡Realmente hizo revivir a un montón de momias! ¡Fue alucinante!

Por supuesto, cuando regresé a casa, ni mis padres ni mis amigos me creyeron cuando les expliqué lo sucedido. Tampoco creyeron que el Gran Invocador nos había salvado. Dijeron que se trataba de un artículo de broma posiblemente fabricado en Taiwan.

A pesar de sus comentarios, yo la llevo siempre conmigo. Es mi amuleto de la suerte. Y lo cierto es que no soy muy supersticioso, quiero decir que paso tranquilamente bajo las escaleras y mi número de la suerte es el trece. Pero creo de verdad que esa diminuta mano me protege allí donde voy.

Lo más extraño de ella es que siempre está caliente. Su tacto no es como el del plástico. Desprende calor, como si fuera una mano humana.

Cuando estaba en Michigan, casi me da un ataque cuando papá y mamá estaban haciendo mi equipaje para el vuelo. No lograba encontrar la mano y, por supuesto, ¡de ninguna manera iba a ir a Egipto sin ella!

Sentí un gran alivio cuando finalmente la encontré. Estaba en el bolsillo trasero de unos vaqueros arrugados.

Ahora, mientras el avión iniciaba el descenso para aterrizar, saqué mi amuleto del bolsillo de mi camiseta y me quedé boquiabierto.

La mano estaba fría. ¡Fría como el hielo!



¿Por qué estaría la mano tan fría de repente?

¿Se trataba de algún tipo de señal? ¿Tal vez de una advertencia?

¿Me estaría metiendo en alguna aventura peligrosa?.

No tuve más tiempo para seguir pensando. El avión ya estaba en la pista de aterrizaje y los pasajeros se amontonaban para recoger sus bolsos de mano y se apresuraban hacia la salida de la nave.

Introduje el amuleto en el bolsillo de mis vaqueros, cogí mi mochila y me encaminé hacia la parte delantera. Me despedí de Nancy y le di las gracias por lo de los cacahuetes. Después seguí a los demás por la manga que conducía al interior del aeropuerto.

¡Había muchísima gente!

Todos parecían tener prisa y casi tropezaban unos con otros. Hombres con traje negro, mujeres vestidas con ropas sueltas y con la cara cubierta por un velo, chicas con vaqueros y camisetas, un grupo de hombres de tez oscura y expresión seria ataviados con trajes de seda blanca que parecían pijamas, una familia con tres niños que no paraban de llorar...

De repente sentí miedo. ¿Cómo iba a encontrar a tío Ben entre aquella multitud?

La mochila empezaba a pesarme, miraba nerviosamente por todas partes. Me rodeaban voces de extraños, personas que hablaban en un tono alto, en idiomas incomprensibles.

—¡Aaah! —chillé al sentir una aguda punzada en un costado.

Me di la vuelta y vi que una mujer me había arrollado con el carrito del equipaje.

«Tranquilo —dije para mis adentros—. Mantén la calma. Tío Ben está aquí, buscándote. Seguro que te encuentra. Sólo tienes que permanecer tranquilo.

»Pero, ¿y si se ha olvidado? —me pregunté al instante—. ¿Y si no entendió bien el día de mi llegada? ¿Y si simplemente está tan ocupado en el interior de una pirámide que ha perdido la noción del tiempo?»

Lo cierto es que cuando empiezo a darle vueltas a la cabeza puedo llegar a ponerme histérico. ¡Y en ese momento no paraba de darle vueltas!

«Si tío Ben no está aquí —resolví finalmente—, iré a llamarle por teléfono.»

Estaba decidido.

Ya me imaginaba a mí mismo diciendo: «Operadora, ¿puede ponerme con la pirámide en la que mi tío está trabajando, por favor?»

Comprendí que aquella idea no era en realidad tan buena. No tenía ningún número de teléfono para localizar a tío Ben. Ni siquiera estaba seguro de que tuviera un teléfono cerca de donde estaba viviendo. Todo lo que sabía es que estaba en una tienda en algún lugar cercano a la pirámide en la que estaba realizando las excavaciones.

Seguí escudriñando ansiosamente la abarrotada zona de llegada. Estaba al borde de un ataque de nervios cuando, de repente, un hombre alto empezó a caminar hacia mí.

No pude verle la cara. Llevaba una chilaba, una larga túnica con capucha de color blanco, que le cubría el rostro.

—¡Taxi! —gritó con un tono alto y estridente—. ¡Taxi americano!

Solté una carcajada.

—¡Tío Ben! —grité contento.

—¡Taxi! ¡Taxi americano! —repitió él.

—¡Tío Ben! ¡Cómo me alegra verte! —exclamé. Le rodeé la cintura con los brazos y lo estreché con fuerza. Luego, sin dejar de reírme por su ridículo disfraz, levanté las manos y le retiré la capucha.

Descubrí a un hombre calvo, con la cabeza afeitada y un espeso

bigote negro. Sus ojos se clavaron en mí con expresión iracunda.
No lo había visto en toda mi vida.

3

—¡Gabe! ¡Gabe! ¡Estamos aquí!

Oí una voz que me llamaba. Alejados de aquel hombre enfurecido, mi tío y Sari me hacían señas desde el mostrador de las reservas.

La cara de aquel tipo estaba roja de cólera y me gritaba algo en árabe. Me alegré de no entender lo que decía. Continuó refunfuñando al tiempo que volvía a taparse la cara con la capucha.

—¡Lo siento mucho! —grité. Acto seguido pasé por su lado y corrí al encuentro de mi tío y mi prima.

—Bienvenido a El Cairo —me dijo tío Ben mientras me estrechaba la mano. Llevaba una amplia camiseta blanca de deporte de manga corta y unos bombachos.

Sari vestía unos pantalones cortos de algodón y una camiseta que le llegaba a la cintura. Ya se estaba riendo de mí.

«Mal comienzo», pensé.

—¿Era amigo tuyo? —preguntó con sorna.

—Me... me he confundido —admití. Di media vuelta. Aquel hombre seguía mirándome malhumorado.

—¿De verdad creíste que ése era papá? —inquirió Sari.

Le respondí tartamudeando. Sari y yo teníamos la misma edad, pero noté que ella aún me sacaba un par de centímetros. Tenía un bonito pelo negro, que se había dejado crecer y lo llevaba recogido en una trenza que le caía por la espalda.

Sus grandes ojos oscuros brillaban de emoción. Disfrutaba riéndose de mí.

Mientras nos dirigíamos al área de equipajes para recoger mis maletas les hablé sobre el vuelo y sobre Nancy, la azafata. También les conté lo de los cacahuetes.

—Yo llegué en avión la semana pasada —empezó Sari—. La azafata dejó que me sentara en primera clase. ¿Sabías que puedes pedir un helado en primera clase?

La verdad es que no lo sabía. Me di cuenta enseguida de que Sari no había cambiado en absoluto. Desde que tío Ben pasa todo su tiempo en Egipto, ella va a un internado en Chicago. Por supuesto, es la primera de la clase y es una auténtica campeona esquiando y jugando al tenis.

En ocasiones me da un poco de lástima. Su madre murió cuando ella tenía cinco años y sólo puede ver a su padre durante las vacaciones.

Pero, en aquel momento, mientras esperábamos que mi equipaje saliera por la cinta transportadora, no sentía ninguna lástima. Sari estaba muy ocupada alardeando de que la nueva pirámide era dos veces más grande que la que yo había visitado el verano anterior. Me dijo que ella ya había estado varias veces, y que me la enseñaría... si es que no me daba demasiado miedo.

Finalmente apareció mi sobrecargada maleta. La saqué de la cinta transportadora y la dejé caer a mis pies. ¡Pesaba una tonelada!

Intenté levantarla, pero apenas podía moverla.

Sari me apartó a un lado.

—Deja que yo la coja —se ofreció. Asió el mango, la levantó y empezó a caminar.

—¡Eh! —grité. ¡Menuda exhibición!

Tío Ben me dirigió una risita irónica.

—Creo que Sari está en forma —dijo. Me pasó el brazo por el hombro y empezamos a caminar hacia las puertas de cristal—. Vamos al coche.

Cargamos la maleta en la parte trasera del todoterreno y nos dirigimos hacia la ciudad.

—Hace un bochorno insoportable durante todo el día —comentó tío Ben, al tiempo que se secaba la frente con un pañuelo—. Y, en cambio, por la noche refresca.

Nos topamos con un atasco en una calle estrecha. Las bocinas no

cesaban de sonar. Tanto si se movían como si estaban parados, los conductores no paraban de tocarlas. El ruido era ensordecedor.

—No nos detendremos en El Cairo —explicó mi tío—. Iremos directos a la pirámide en Gizeh. Estamos viviendo en tiendas en el exterior para estar más cerca del lugar de trabajo.

—Espero que hayas traído algún repelente de insectos —refunfuñó Sari—. ¡Aquí los mosquitos son tan grandes como ranas!

—No exageres —le reprendió tío Ben—. A Gabe no le dan miedo unos simples mosquitos, ¿verdad que no?

—Por supuesto que no —respondí con toda tranquilidad.

—¿Y qué hay de los escorpiones? —. preguntó Sari.

A medida que salíamos de la ciudad en dirección al desierto, el tráfico disminuía. La arena amarilla brillaba bajo el caluroso sol de la tarde. Se elevaban oleadas de calor frente a nosotros mientras el todoterreno daba tumbos por la estrecha carretera de dos carriles.

Poco después, apareció ante nosotros una pirámide. Oculta tras las olas de calor que surgían del arenoso suelo, parecía más bien un espejismo. No parecía real.

Me la quedé mirando fijamente y sentí una emoción increíble. Ya había visto las pirámides el verano anterior, pero no dejaba de resultar una imagen sobrecogedora.

—¡No puedo creer que las pirámides tengan más de cuatro mil años! —exclamé.

—Pues es cierto. ¡Son más viejas que yo! —bromeó tío Ben. Luego, su expresión se tornó seria—. Me siento orgulloso cada vez que las veo, Gabe —continuó—, cuando pienso que nuestros antepasados fueron tan inteligentes y hábiles para construir tales maravillas.

Tío Ben tenía razón. Creo que las pirámides tienen un significado especial para mí ya que mi familia es egipcia. El hogar de mis abuelos estaba en Egipto. Emigraron a Estados Unidos alrededor del año 1930. Mi padre y mi madre nacieron en Michigan.

La imagen que tengo de mí mismo es la del típico chico americano. Pero siempre entraña una emoción especial el hecho de visitar el país de donde proceden tus antepasados.

A medida que nos íbamos acercando, la pirámide se elevaba

ante nosotros cada vez más majestuosa. Su sombra dibujaba sobre la arena ocre un alargado triángulo azul.

En el pequeño aparcamiento los coches y autobuses se amontonaban junto a una hilera de camellos con montura atados en uno de los extremos. Había un sinnúmero de turistas observando las pirámides, haciendo fotografías, charlando ruidosamente y señalando con el dedo.

Tío Ben hizo girar el automóvil por un sendero lateral y nos alejamos del gentío, en dirección a la parte de atrás de la pirámide. A medida que nos íbamos introduciendo en la sombra, el aire se iba enfriando.

—¡Sería capaz de cualquier cosa por comerme un cucurucho de cremoso helado! —se lamentó Sari—. Nunca en mi vida había tenido tanto calor.

—No hablemos más del calor —interrumpió tío Ben, mientras las gotas de sudor le resbalaban por la frente hasta sus pobladas cejas—. Hablemos de lo feliz que te sientes de ver a tu adorado padre después de tantos meses.

Sari emitió una especie de gruñido.

—Sería más feliz si viera que mi adorado padre me trae un cucurucho.

Mi tío rió.

Un guardia con un uniforme de color verde caqui se detuvo frente al coche. Tío Ben le mostró una tarjeta de identificación azul y el guardia nos dejó pasar.

Seguimos por el camino que llevaba a la parte de atrás de la pirámide y, poco después, apareció ante nuestros ojos una hilera de tiendas de campaña.

—¡Bienvenidos al Pyramid Hilton! —bromeó mi tío—. Nuestra lujosa habitación está allí. —Señaló una tienda cercana—. Es bastante cómoda —añadió mientras aparcaba el todoterreno al lado de la tienda—. Pero el servicio de habitaciones es pésimo.

—Y has de tener cuidado con los escorpiones —me advirtió Sari.

Diría cualquier cosa con tal de asustarme.

Descargamos mi maleta y, seguidamente, tío Ben nos condujo al pie de la pirámide.

Un grupo de hombres con cámaras de profesionales estaba

recogiendo su equipo. Un joven cubierto de polvo salió de la entrada que habían excavado en uno de los bloques de piedra caliza, saludó a mi tío y se dirigió rápidamente hacia las tiendas.

—Es uno de mis hombres —dijo tío Ben. Se encaminó hacia la pirámide—. Bien, aquí estás, Gabe. Un poco lejos de Michigan, ¿no?.

Asentí con la cabeza.

—Es alucinante —le respondí mientras me protegía los ojos para mirar hacia la parte más alta—. Había olvidado lo altas que son las pirámides cuando las tienes delante.

—Mañana os llevaré abajo, a la tumba —afirmó tío Ben—. Habéis llegado justo en el momento preciso. Hemos estado excavando durante meses y, finalmente, ahora estamos a punto de romper el cierre que da paso a la tumba propiamente dicha.

—¡Guau! —exclamé yo. Trataba de ocultar mi emoción ante Sari, pero no pude evitarlo. Estaba realmente entusiasmado.

—Serás muy famoso después de abrir esa tumba, ¿verdad, papá? —preguntó mi prima al tiempo que aplastaba una mosca que se había posado en su brazo—. ¡Qué pasada!

—Seré tan famoso que las moscas no se atreverán a picarte —bromeó tío Ben—. A propósito, ¿sabéis a qué llamaban «moscas» en el Antiguo Egipto?

Sari y yo negamos con la cabeza.

—¡Yo tampoco! —dijo mi tío con una risa irónica. Se trataba de uno de sus chistes fáciles. Tenía una fuente inagotable. De repente, la expresión de su cara cambió—. Esto me recuerda que tengo un regalo para ti, Gabe.

—¿Un regalo?

—Espera. ¿Dónde lo habré puesto? —Introdujo ambas manos en los bolsillos de sus pantalones bombachos.

Mientras seguía buscando, vi cómo algo se movía detrás de él. Era una sombra que se veía por encima del hombro de mi tío y que salía de la pirámide.

Me quedé observando fijamente.

La sombra se movió. Una figura empezó a desplazarse lentamente. Al principio creí que el sol me estaba haciendo ver visiones. Pero presté más atención y descubrí que aquello no era

ninguna ilusión óptica.

La figura salió de la pirámide. Tenía la cara cubierta con gasas amarillentas y raídas, así como los brazos y las piernas.

Abrí la boca para gritar, pero no podía articular palabra.

Y, mientras me esforzaba por avisar a mi tío, la momia estiró sus rígidos brazos y se acercó a él por detrás tambaleándose.

4

Me di cuenta de que los ojos de mi prima reflejaban terror. Emitió un leve gemido.

—¡Tío... tío Ben! —logré chillar finalmente—. ¡Date la vuelta! Es... es...

Él se quedó mirándome con expresión confusa.

La momia seguía acercándose con movimientos vacilantes, los brazos estirados amenazadoramente, a punto de alcanzar el cuello de mi tío.

—¡Es una momia! —chillé.

Mi tío se volvió y soltó un chillido.

—¡Está caminando! —gritó, señalando a la momia con un dedo tembloroso. Empezó a retirarse hacia atrás. Mientras, la momia seguía avanzando—. ¡Está caminando!

—¡Aaah! —Un extraño gemido salió de los labios de mi prima.

Di media vuelta y empecé a correr.

Pero, en ese momento, la momia se echó a reír y bajó sus amarillentos brazos.

—¡Uuuh! —gritó. Luego continuó riendo.

Me volví y comprobé que tío Ben estaba riendo también a mandíbula batiente. Sus oscuros ojos brillaban de alegría.

—¡Está caminando! ¡Está caminando! —repetía moviendo la cabeza. Pasó su brazo alrededor del hombro de la momia.

Me quedé mirando a ambos boquiabierto, con el corazón todavía en un puño.

—Os presento a John —dijo mi tío satisfecho por el éxito de la

broma que acababa de gastarnos—. Ha rodado aquí un anuncio para la televisión. De un nuevo tipo de vendas más adhesivas.

—«Vendas adhesivas Bird» —explicó John—. ¡Son las que se compraban las momias!

El hombre y mi tío soltaron otra carcajada. Entonces tío Ben señaló hacia donde los cámaras estaban cargando su equipo dentro de una pequeña furgoneta.

—Han terminado por hoy, pero John ha accedido a quedarse un rato merodeando para daros un buen susto.

Sari levantó los ojos.

—No ha estado mal —comentó secamente—, pero tendrás que hacer algo mejor para asustarme de verdad, papá. ¡Pobre Gabe! —añadió—. ¿Has visto la expresión de su cara? ¡Estaba completamente aterrorizado! Por un momento he pensado que iba a desmayarse.

Los dos amigos rieron de nuevo.

—¡Eh! ¡Eso ni pensarlo! —repliqué, muerto de vergüenza.

¿Cómo se atrevía Sari a decir aquello? Cuando la momia se acercó, vi cómo ella jadeaba de miedo y se retiraba. ¡Estaba tan asustada como yo!

—¡Yo también te he oído chillar! —le dije con una vocecilla temblorosa, aunque me esforzaba por recuperarme.

—Sólo lo hice para ayudarles a que te llevaras un buen susto —explicó al tiempo que se colocaba la trenza sobre el hombro.

—Tengo que irme volando —dijo John tras consultar la hora en su reloj de pulsera—. En cuanto lleguemos al hotel me iré directo a la piscina. ¡Tendré que estar en remojo durante toda una semana! —Nos dijo adiós con la mano vendada y se fue corriendo hacia la furgoneta.

¿Cómo es que no había reparado en el hecho de que llevaba un reloj de pulsera?

Me sentí como un auténtico estúpido.

—¡De acuerdo! —exclamé enfadado dirigiéndome a mi tío—. ¡Ésta ha sido la última vez que me trago una de tus bromas! ¡La última!

Él sonrió y me guiñó un ojo.

—¿Qué te apuestas a que no? —me desafió.

—Por cierto. ¿Y el regalo de Gabe? —preguntó mi prima—. ¿Qué es?

Tío Ben se sacó algo del bolsillo y lo sostuvo en el aire. Era un medallón que colgaba de un cordel. Era de cristal, de color naranja claro y brillaba a la luz del sol.

Cuando me lo entregó, jugueteé con él en mi mano, sintiendo su suavidad mientras lo examinaba.

—¿Qué es exactamente? —pregunté—. ¿Qué clase de cristal es éste?

—No es cristal —empezó—. Es una resina fósil transparente llamada ámbar. —Se acercó para verla de cerca—. Sujétala más alta y observa el interior del medallón.

Seguí sus instrucciones y descubrí un enorme insecto de color marrón.

—Parece una especie de escarabajo —comenté.

—Es que es un escarabajo —explicó tío Ben, entrecerrando un ojo para poder verlo mejor—. Es una especie muy antigua de escarabajos. Quedó atrapado dentro del ámbar hace cuatro mil años. Como puedes comprobar, se conserva perfectamente.

—Es realmente enorme —comentó Sari, haciendo una mueca. Le dio unas palmaditas amistosas a su padre en la espalda—. Es un buen regalo, papá: un bicho muerto. ¡Recuérdame que no te deje comprar los regalos de Navidad!

Él rió de nuevo y luego se volvió hacia mí.

—El escarabajo era un animal muy significativo para los antiguos egipcios —dijo mientras hacía girar el medallón entre sus dedos para devolverlo finalmente a mi mano—. Ellos creían que estos animalejos eran el símbolo de la inmortalidad.

Miré fijamente el cuerpo oscuro del insecto, con sus seis patas llenas de pelillos puntiagudos. Todo él conservado en un perfecto estado.

—Tener un escarabajo significaba ser inmortal —continuó—. En cambio, la picadura de uno de ellos significaba la muerte instantánea.

—Curioso... —murmuró Sari.

—Es fantástico —exclamé—. ¿De verdad tiene cuatro mil años?

Mi tío asintió con la cabeza.

—Cuélgatelo del cuello, Gabe. Tal vez aún mantenga alguno de sus antiguos poderes.

Me pasé el cordel por la cabeza y me lo metí por dentro de la camiseta. El ámbar me pareció frío al contacto con mi piel.

—Gracias, tío Ben —le dije—. Es un regalo estupendo.

Se secó el sudor de la frente con un pañuelo enrollado.

—Volvamos a la tienda. Necesito beber algo refrescante —propuso.

Avanzamos unos pasos pero, de repente, nos detuvimos al ver la expresión de la cara de Sari.

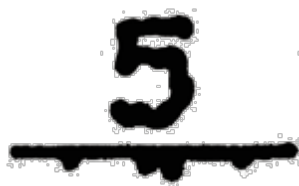
Le temblaba todo el cuerpo. Se quedó boquiabierta al tiempo que señalaba mi pecho con el dedo.

—Sari... ¿Qué te ocurre? —gritó su padre.

—El esc-escarabajo —tartamudeó—. ¡Se ha escapado! ¡Lo he visto! —Señaló con el dedo hacia abajo—. ¡Está ahí!

—¿Qué? —exclamé. Me di la vuelta y me agaché para encontrar al bicho—. ¡Aaah! —chillé a los pocos segundos cuando sentí una aguda punzada de dolor en la pantorrilla.

Entonces me di cuenta de que el escarabajo me había picado.



Mientras jadeaba por el miedo, las palabras de tío Ben cruzaron mi mente: «Tener en tu poder un escarabajo significaba ser inmortal. En cambio, la picadura de uno de ellos significaba la muerte instantánea.»

¡La muerte instantánea!

—¡Nooo! —Emití un grito de terror.

Descubrí a mi prima doblada sobre sus rodillas, riendo a carcajadas y con los brazos estirados.

Entonces comprendí que había sido ella la que me había pellizcado la pierna. El corazón aún me palpitaba con fuerza cuando agarré el medallón y miré en su interior. El animal seguía allí, inmóvil, como si realmente hubiera estado allí durante cuatro mil años.

—¡Aaah! —Solté un grito de furia. Aunque de hecho con quien estaba enfadado era conmigo mismo.

¿Acaso iba a tragarme todas las bromas absurdas que me gastaran durante el viaje? Porque en ese caso, resultaría un verano larguísimo.

Siempre me ha caído bien mi prima. A excepción de los momentos en que ella pretende ser la mejor y competir en todo, siempre nos hemos llevado bastante bien.

Pero en aquel momento deseaba de veras devolverle la pelota. Quería con todas mis fuerzas decirle cosas realmente desagradables. Pero no logré pensar en nada lo suficientemente duro.

—Eso ha sido un golpe bajo, Sari —dije displicente, mientras me

metía de nuevo el medallón por debajo de la camiseta.

—Sí, lo reconozco. No ha estado mal, ¿verdad? —replicó, satisfecha de sí misma.

Aquella noche, tendido en la estrecha cama, me quedé un rato observando el bajo techo de la tienda de campaña. Escuché el silbido del viento golpeando la puerta de la tienda, el débil crujido de los postes y las sacudidas de la lona.

Creo que jamás en mi vida había estado tan atento a todos los ruidos.

Cuando giraba un poco la cabeza, veía el tenue resplandor de la luna que se filtraba a través de una abertura en la entrada e incluso trozos de hierba seca del desierto sobre la arena. Y también manchas de agua sobre las paredes de la tienda justo encima de mi cama.

«No podré pegar ojo», pensé desconsolado.

Ahuequé la tiesa almohada por enésima vez en un vano intento de que quedara más mullida y me tapé hasta la barbilla con la áspera manta de lana.

Ya había dormido fuera de casa en anteriores ocasiones, pero siempre en un dormitorio. Jamás lo había hecho en medio de un inmenso desierto, dentro de una diminuta tienda cuya lona no paraba de crujir y dar bandazos. No estaba asustado, pues mi tío estaba a un par de metros de mí, roncando en su cama plegable. Sólo estaba totalmente en guardia. Tan atento a cualquier sonido que oía hasta el silbido del viento chocando contra las palmeras del exterior y el chirrido de los neumáticos de los coches que pasaban a unos kilómetros de allí por la estrecha carretera.

También percibí perfectamente los fuertes latidos de mi corazón al sentir, de repente, que algo se deslizaba sobre mi pecho. Estaba tan alerta que lo noté enseguida. Era como un hormiguelo, como un rápido y ligero movimiento.

Sólo podía ser una cosa: el escarabajo moviéndose en el interior del medallón de ámbar.

Esta vez no era un truco. Realmente se movía.

Rebusqué en la oscuridad el colgante dentro de mi camiseta,

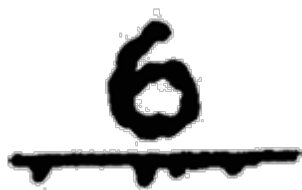
retirando nerviosamente la manta. Lo sostuve para verlo a través de la luz de la luna. Vi al escarabajo allí dentro, negro, dentro de su cárcel de color anaranjado.

—¿Te has movido? —le susurré—. ¿Has agitado tus patas?

De pronto me sentí increíblemente estúpido. ¿Por qué estaba hablando con un insecto de cuatro mil años? ¿Por qué razón había llegado a pensar que estaba vivo?

Molesto por mi absurda reacción, volví a introducir el medallón por dentro de la camiseta.

En aquellos momentos todavía no tenía ni idea de lo importante que iba a resultar aquel colgante para mí en muy poco tiempo. No podía saber que aquel regalo de mi tío encerraba un secreto que incluso podría salvarme la vida. O tal vez matarme.



Al día siguiente, al despertarme, hacía calor en la tienda. Los dorados rayos del sol se filtraban a través de la abertura que había en la lona. Entrecerrando los ojos para protegerlos de la luz, los froté y me desperecé. Tío Ben ya había salido.

Me dolía la espalda. ¡Aquella cama de campamento era tan dura! Pero estaba demasiado entusiasmado para preocuparme por mi espalda, ya que esa mañana iba a bajar a la pirámide, al interior de una antiquísima tumba.

Me puse una camiseta limpia y los vaqueros que había llevado el día anterior. Introduje el escarabajo dentro de la camiseta y después coloqué cuidadosamente la mano de la momia en el bolsillo trasero de mis vaqueros.

«Con el medallón y la mano de la momia estaré totalmente protegido», me dije a mí mismo. Esta vez no podría ocurrir nada malo durante el viaje.

Peiné mi espeso cabello negro, me ajusté la gorra de los Wolverines de Michigan y después salí corriendo hacia la tienda donde se servían las comidas.

El sol brillaba en lo alto del cielo, por encima de las palmeras y la arena ocre del desierto emitía fulgurantes destellos. Inspiré profundamente una bocanada de aire fresco.

Puaj. Por lo visto había algunos camellos cerca, el aire no era muy fresco que digamos.

Encontré a Sari y a mi tío en pleno desayuno, sentados al final de una larga mesa en la tienda comedor. Él llevaba puestos sus

clásicos bombachos y una camiseta de deporte de manga corta, manchada de café.

Sari llevaba el cabello recogido en una cola de caballo. Vestía una camiseta hasta la cintura de color rojo intenso y unos pantalones cortos de tenis blancos.

Al entrar en la tienda, me saludaron. Me serví un vaso de zumo de naranja y, al descubrir que no había cereales tostados, me serví un tazón de salvado y pasas.

Tres de los trabajadores estaban comiendo en el otro extremo de la mesa, mientras hablaban acaloradamente sobre su trabajo.

—Hoy es muy posible que podamos entrar —oí decir a uno de ellos.

—Puede que aún tardemos un par de días en romper la cerradura de la puerta de la tumba —rebatí una mujer joven.

Me senté al lado de mi prima.

—Háblame sobre la tumba —dije al tío Ben—. ¿De quién es? ¿Qué hay dentro?

Él rió entre dientes.

—Deja que acabe de despejarme un poco antes de daros una conferencia.

Sari se inclinó sobre mi tazón.

—¡Eh, mira! —exclamó señalando con el dedo—. ¡Tengo más pasas que tú!

Ya había comentado que era capaz de convertir el más relajado de los desayunos en una competición.

—Sí, de acuerdo. Pero yo tengo más trocitos de pulpa en mi zumo de naranja —respondí.

Se trataba sólo de una broma, pero ella se apresuró a mirar en el interior de su vaso para comprobar si era cierto lo que decía.

Tío Ben se secó la boca con una servilleta de papel y tomó un largo sorbo de café.

—Si no me equivoco —comenzó a explicar—, la tumba que hemos descubierto perteneció a un príncipe. Para ser más exactos, al primo del faraón Tutankhamón.

—Fue un importante faraón del Antiguo Egipto —me explicó Sari, interrumpiendo a su padre.

—¡Ya lo sé! —respondí bruscamente.

—La tumba de Tutankhamón fue descubierta en 1922 —continuó mi tío—. La enorme cámara de su sepultura estaba llena con la mayoría de sus tesoros. Fue el descubrimiento arqueológico más impresionante del siglo... —En su cara se dibujó una sonrisa—. Hasta el momento.

—¿Crees que has encontrado algo todavía más importante? —le pregunté. Aún no había probado los cereales. Estaba demasiado interesado en la historia de mi tío.

Él se encogió de hombros.

—No hay ningún modo de saber qué es lo que hay detrás de la puerta que da a la tumba hasta que la abramos, Gabe. Pero cruzo los dedos porque estoy casi convencido de que hemos encontrado el sepulcro del príncipe Khor-Ru, el primo del faraón, y se comenta que era tan rico como él.

—¿Y crees que las coronas, las joyas y el resto de pertenencias del príncipe Khor-Ru están enterradas con él? —preguntó Sari.

Tío Ben tomó el último sorbo de café y deslizó el tazón blanco por la mesa.

—¡Quién sabe! —respondió—. Es posible que haya impresionantes tesoros Y es posible que no haya nada de nada. Tan sólo un recinto vacío.

—¿Por qué dices que podría estar vacío? —pregunté—. ¿Qué sentido tiene un sepulcro vacío en el interior de las pirámides?

—Hay saqueadores de tumbas —me respondió, frunciendo el ceño—. Piensa que el príncipe fue enterrado alrededor del año 1300 a. C. A lo largo de los siglos, los ladrones se han introducido en las pirámides y han robado los tesoros de muchas cámaras funerarias. —Se levantó y suspiró—. ¡Es posible que hayamos pasado todos estos meses excavando y que lo único que encontremos sea una habitación vacía!

—¡Eso ni pensarlo! —exclamé indignado—. Apuesto lo que sea a que encontramos la momia del príncipe ahí dentro. ¡Y también joyas por valor de millones de dólares!

Mi tío me dedicó una sonrisa.

—Basta de charla —me dijo—. Acabad el desayuno y así podremos averiguar la verdad.

Tío Ben salió y Sari y yo le seguimos. Saludó a los dos jóvenes

que en ese momento salían de la tienda de suministros cargados con el equipo de excavación y se dirigió hacia ellos para comentarles algo.

Sari y yo nos quedamos atrás. Ella se volvió hacia mí con una expresión seria en la cara.

—Oye, Gabe —dijo amablemente—. Siento haber sido un incordio.

—¿Tú? ¿Un incordio? —exclamé con sarcasmo.

A ella no pareció hacerle gracia.

—Estoy un poco preocupada por papá —confesó.

Yo miré a mi tío. Estaba dando unas palmaditas amistosas a uno de sus jóvenes trabajadores al tiempo que charlaba. Me pareció tan jovial y alegre como siempre.

—¿Qué es lo que te preocupa? —le pregunté—. Tu padre está de un humor excelente.

—Ésa es precisamente la razón —suspiró Sari—. Está tan feliz y entusiasmado... Realmente está convencido de que éste va ser el gran descubrimiento que le hará famoso.

—¿Y qué hay de malo en ello? —continué.

—¿Qué pasará si se encuentra con una habitación vacía? —respondió Sari, con sus ojos oscuros fijos en su padre—. ¿Y si los ladrones de tumbas ya la han saqueado? ¿Y si, después de todo, ni siquiera se trata de la tumba de ese príncipe? ¿Qué pasará si papá abre esa puerta sellada y no encuentra más que una sala vieja y polvorienta llena de serpientes?

Se detuvo y suspiró.

—Si esto sucede —continuó—, la decepción será enorme. Se quedará totalmente abatido. Alberga demasiadas esperanzas, Gabe. No creo que pueda superar un fracaso tan grande.

—¿Por qué lo ves todo de un modo tan negativo? —repliqué—. También cabe la posibilidad de que...

Dejé de hablar al ver que tío Ben se acercaba corriendo hacia nosotros.

—Vamos a bajar a la cámara —comentó entusiasmado—. Mis hombres creen que ya falta muy poco para que llegemos a la entrada de la tumba.

Pasó un brazo por el hombro de Sari y el otro alrededor del mío

y fuimos caminando hasta la pirámide.

A medida que avanzábamos por la sombra dibujada por la pirámide, el aire se hacía más y más frío. Ante nuestros ojos surgió la entrada que habían excavado en la parte inferior del muro trasero. Por su tamaño, debíamos entrar uno a uno. Eché un vistazo de lejos a la estrecha abertura y pude ver que el túnel para bajar tenía una pendiente considerable.

«Espero no caerme», pensé. Al instante, sentí un nudo en el estómago. Me imaginé a mí mismo cayendo por un inacabable agujero negro.

Lo que más me preocupaba era que Sari me viera caer, pues sabía que me lo estaría recordando el resto de mi vida.

Tío Ben nos entregó a Sari y a mí unos cascos de un tono amarillo fluorescente que llevaban una luz acoplada, como los de los mineros.

—No os alejéis —. nos explicó—. Aún me acuerdo de lo sucedido el verano pasado. Os dio por jugar a los exploradores y lo único que conseguisteis fue meternos en un montón de problemas.

—No-no lo haremos —tartamudeé. Aunque intentaba ocultar mis nervios, el tono de mi voz me delataba.

Miré a Sari. Se estaba ajustando el casco en la cabeza. Daba la impresión de sentirse tan tranquila y tan segura de sí misma. como siempre.

—Yo bajaré primero —anunció tío Ben, tiran— do de la correa que servía para sujetar el casco a la barbilla. Se dio la vuelta y empezó a descender por el agujero.

Pero, de repente, un chillido estremecedor que provenía de atrás hizo que todos nosotros nos quedáramos quietos y nos girásemos.

—¡Deténgase! ¡Por favor, deténgase! ¡No baje!

7

Una joven se acercaba corriendo por la arena. Tenía unos cabellos largos y oscuros que parecían ondear al viento a medida que se aproximaba. Llevaba un maletín marrón en una mano y una cámara colgada al cuello, bamboleándose.

Se detuvo frente a nosotros y le dedicó una sonrisa a mi tío.

—¿Es usted el doctor Hassad? —le preguntó mientras intentaba recuperar el aliento.

Él asintió con la cabeza.

—¿Qué desea? —preguntó mi tío dejándole un margen de tiempo para que recobrara las fuerzas.

«Caramba. Es realmente preciosa», pensé. Tenía una larga melena negra como el azabache, lisa y brillante. Tras un gracioso flequillo brillaban los ojos verdes más bonitos que había visto en toda mi vida.

Llevaba una americana, una blusa y unos pantalones, todo de color blanco. No era muy alta. A Sari sólo le pasaba unos tres o cuatro centímetros. Pensé que debía de ser una estrella de cine o algo parecido. ¡Era guapísima!

Dejó su maletín en la arena y peinó con la mano su hermosa melena.

—Siento haber gritado de este modo, doctor Hassad —se disculpó—, pero necesitaba hablar con usted urgentemente y no quería que desapareciera en el interior de la pirámide.

Tío Ben fijó su mirada en ella, como si la estuviera estudiando.

—¿Cómo ha logrado que el guardia de seguridad la dejara

pasar? —preguntó al tiempo que se quitaba el casco.

—Le mostré mi pase de prensa —respondió—. Soy periodista. Trabajo para el *Sun* de El Cairo. Me llamo Nila Rahmad. Me preguntaba si...

—¿Nila? —la interrumpió mi tío—. Es un nombre muy bonito. Ella sonrió.

—Gracias. Mi madre me llamó así por el río de la vida, el Nilo.

—Pues es un nombre encantador —repitió tío Ben. Los ojos le brillaban de un modo peculiar—. Pero me temo que no estoy preparado para que ningún reportero escriba sobre el trabajo que estamos realizando aquí.

La joven frunció el ceño y se mordió el labio inferior.

—Hace unos días hablé con el doctor Fielding —añadió.

Mi tío abrió los ojos asombrado.

—¿Ah, sí?

—Sí. Él me dio permiso para escribir sobre su descubrimiento —insistió Nila, clavando sus verdes ojos en los de mi tío.

—¡Pero si aún no hemos descubierto nada! —dijo mi tío secamente—. Incluso, es posible que no haya nada que descubrir.

—Eso no es lo que me dijo el doctor Fielding —replicó Nila—. Parecía bastante convencido de que estaban a punto de realizar un descubrimiento que conmocionaría al mundo entero.

Mi tío se echó a reír.

—En ocasiones mi compañero se emociona y habla demasiado —le dijo a Nila.

La joven periodista miraba con ojos suplicantes a mi tío.

—¿Podría entrar en la pirámide con usted? —Se quedó mirándonos a Sari y a mí—. Veo que ha invitado a otras personas.

—Son mi hija, Sari, y mi sobrino, Gabe —respondió mi tío.

—Bien, entonces, ¿podría bajar con ellos también? —insistió Nila—. Le prometo no escribir ningún artículo si usted no me da permiso.

Tío Ben se rascó la barbilla con ademán pensativo y se volvió a colocar el casco sobre la cabeza.

—No quiero fotografías —masculló entre dientes.

—¿Significa eso que puedo venir? —preguntó Nila emocionada.

Él asintió con la cabeza.

—Sólo como mera observadora —accedió finalmente. Intentaba aparentar dureza, pero estaba claro que ella le gustaba. Nila le dirigió una cálida sonrisa.

—Gracias, doctor Hassad.

Él cogió un casco del carro y se lo entregó.

—No creo que hoy descubramos nada interesante —le advirtió—. Pero nos estamos acercando mucho... a algo.

Al tiempo que se ajustaba el pesado casco, Nila se volvió hacia Sari y hacia mí.

—¿Es la primera vez que bajáis a la pirámide? —nos preguntó.

—Por supuesto que no. Yo ya he bajado tres veces —alardeó Sari—. Es una experiencia increíble.

—Yo llegué ayer mismo—. añadí—. Así que es la primera vez que...

Dejé de hablar de pronto, cuando vi que la expresión de la cara de Nila cambiaba súbitamente.

¿Por qué me estaría mirando de ese modo?

Bajé la mirada y me di cuenta de que estaba observando el medallón de ámbar. Se quedó horrorizada.

—¡No! ¡No puedo creerlo! ¡No es posible! ¡Es demasiado extraño! —exclamó.



—¿Qué—qué sucede? —conseguí balbucir.

—¡Somos gemelos! —afirmó Nila—. Se introdujo la mano bajo la americana y extrajo un medallón que llevaba colgado alrededor del cuello.

Era un medallón de ámbar, con la forma exactamente igual al que yo tenía.

—¡Qué extraña coincidencia! —exclamó mi tío Ben.

Nila agarró mi medallón entre sus dedos y bajó la cabeza para examinarlo.

—El tuyo tiene un escarabajo en su interior —me dijo mientras le daba la vuelta en su mano.

Soltó el mío y, acto seguido, levantó el suyo para que pudiera mirar a través de él.

—Mira, Gabe. El mío está vacío.

Observé detenidamente su medallón. Parecía un pedazo de cristal anaranjado. Pero no había nada en su interior.

—Creo que el tuyo es más bonito —dijo Sari a Nila—. A mí no me haría ninguna gracia llevar un bicho muerto colgando del cuello.

—Pero dicen que trae buena suerte o algo así —adujo Nila. Se introdujo de nuevo el colgante bajo su chaqueta blanca—. ¡Espero que no traiga mala suerte que esté vacío!

—Eso espero yo también —intervino tío Ben. Se volvió y nos condujo hasta la entrada de la pirámide.

No recuerdo muy bien en qué momento me perdí.

Sari y yo caminábamos juntos detrás de mi tío y de Nila. Estábamos pegados a ellos. Podía escuchar perfectamente la voz de mi tío explicando que las paredes del túnel eran de granito y piedra caliza.

Las luces de nuestros cascos estaban encendidas. Los finos haces de luz amarillenta se entrelazaban en el suelo y las paredes a medida que descendíamos más y más en la pirámide.

El techo era bajo, por lo que todos teníamos que agacharnos para poder avanzar. El túnel estaba lleno de curvas y se ramificaba en otros muchos corredores más pequeños.

—Son callejones sin salida —dijo tío Ben refiriéndose a todas esas bifurcaciones.

Resultaba muy difícil poder ver algo con la fluctuante luz de nuestros cascos. Tropecé una vez y me hice un rasguño en el codo con la escarpada pared del túnel. Allí abajo hacía un frío espantoso y deseé con todas mis fuerzas haber cogido un jersey u otra prenda de abrigo.

Más arriba, tío Ben le contaba a Nila cosas sobre Tutankhamón y el príncipe Khor-Ru. Me percaté de que intentaba impresionarla. Pensé que tal vez él habría sentido un flechazo o algo por el estilo.

—¡Todo esto es tan emocionante! —oí exclamar a Nila—. El doctor Fielding y usted han sido muy amables al permitirme ver esto.

—¿Quién es el doctor Fielding? —pregunté a Sari en voz baja.

—Es el compañero de trabajo de mi padre —me susurró ella—. Pero papá no confía mucho en él. Seguramente lo conocerás. Siempre anda por aquí. A mí tampoco me cae muy bien.

Me detuve para observar de cerca una extraña marca en la pared del túnel. Tenía forma de cabeza de animal.

—¡Sari, mira! —le comenté—. ¡Es un dibujo del Antiguo Egipto! Sari levantó la mirada con un gesto de superioridad.

—Es Bart Simpson —me dijo entre dientes—.

Uno de los hombres de papá debe de haberlo dibujado.

—¡Ya lo sabía! —mentí—. Sólo te estaba probando.

Me pregunté una vez más cuándo dejaría de mostrarme como un idiota delante de mi prima.

Dejé de mirar el supuesto dibujo egipcio y, al darme la vuelta, Sari había desaparecido.

Sólo conseguí ver un poco más arriba el pequeño haz de luz que salía de su casco.

—¡Eh! ¡Espera! —grité. Pero la luz desapareció en una curva.

Entonces volví a tropezar. Mi casco chocó contra la pared del túnel y se apagó la luz.

—¡Eh, Sari! ¡Tío Ben! —vociferé. Me apoyé con fuerza en la pared, temeroso de moverme en medio de aquella oscuridad absoluta—. ¡Eeeh! ¿Alguien puede oírme?

Mi voz resonó en todo el túnel. Pero no hubo respuesta. Me saqué el casco y tanteé hasta dar con la luz. Le di un par de vueltas, apretándola con el fin de que se volviera a encender. Después sacudí todo el casco. Pero no había forma de que volviera a funcionar. Suspiré profundamente y me lo coloqué de nuevo en la cabeza.

«¿Y ahora qué hago?», pensé. El miedo empezaba a apoderarse de mí. Tenía un nudo en el estómago y la garganta completamente seca.

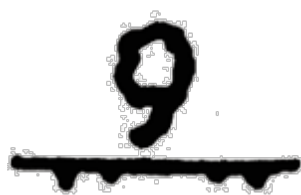
—¿Alguien puede oírme? —grité de nuevo—. ¡Estoy completamente a oscuras! ¡No puedo avanzar ni un paso!

No obtuve respuesta.

¿Dónde estaban todos? ¿No se habían dado cuenta de mi ausencia?

«Está bien, esperaré aquí hasta que vengan a por mí», me dije en tono tranquilizador.

Apoyé el hombro en una pared y... el muro cedió. No conseguí mantener el equilibrio ni tampoco pude agarrarme a nada. Y empecé a caer sin poder evitarlo por un agujero oscuro y frío.



Mientras caía, agitaba los brazos sin parar. Buscaba frenéticamente algo a lo que aferrarme. Todo sucedió tan deprisa que ni siquiera grité. Aterricé bruscamente de espaldas. Sentí un fuerte dolor en brazos y piernas. Me encontraba en medio de la más profunda oscuridad. .

Mi respiración era entrecortada. Vi reflejos brillantes de color rojo y, acto seguido, todo volvió a tornarse negro. Me esforzaba por respirar pero no lograba coger aire. Sentía como si un puño me oprimiera el pecho. Era algo parecido a lo que se siente cuando una pelota de baloncesto te golpea en el estómago.

Finalmente, me incorporé para intentar al menos ver alguna cosa en aquella tenebrosidad absoluta.

Escuché un sonido suave, como si algo se deslizara por la polvorienta superficie.

—¡Eh! ¿Alguien puede oírme? —Mi voz sonaba como un susurro ronco.

Me dolía la espalda pero poco a poco empecé a respirar con normalidad.

—¡Eh! ¡Estoy aquí abajo! —chillé con un tono más fuerte.

Seguía sin obtener respuesta.

¿Acaso no se habían dado cuenta de que había desaparecido?
¿No me estaban buscando?

Me llevé las manos a los riñones. Me sentía un poco mejor. Noté un ligero picor en la mano derecha. Conseguí rascarme y me saqué algo de encima.

De repente, me di cuenta de que las piernas también me picaban. Y sentí como si algo reptara por mi muñeca izquierda.

Sacudí la mano con fuerza.

«¿Qué está pasando aquí?», me pregunté.

Sentía una comezón por todo mi cuerpo. Notaba unos sutiles pinchazos en brazos y piernas.

Sacudí ambas manos y me puse en pie. Golpeé el casco contra un saliente de piedra.

Finalmente logré que se encendiera y me quedé horrorizado al vislumbrar, gracias al fino haz de luz, todos aquellos bichos.

Eran arañas. Cientos de arañas abultadas y blancas que llenaban el suelo de la cámara.

Avanzaban por la superficie, amontonándose unas sobre otras. Levanté la cabeza y la luz del casco enfocó las paredes de piedra. Comprobé que también estaban llenas de ellas. Había tantas que daba la sensación de que las paredes se movían, como si tuvieran vida.

Muchas pendían del techo con hilos casi invisibles. Parecía como si se movieran o flotaran en el aire.

Me sacudí una del dorso de la mano. Aterrorizado, me di cuenta del motivo de que me picaran las piernas. Las arañas estaban subiendo por ellas. Y también por los brazos y la espalda.

—¡Socorro! ¡Que alguien me ayude! ¡Por favor! —conseguí gritar.

Noté que una araña caía justo sobre mi cabeza.

Me la saqué de encima frenéticamente de un manotazo.

—¡Que alguien me ayude! —chillé con todas mis fuerzas—. ¡Por favor! ¿Es que nadie me oye?

Entonces vi algo espantoso. Mucho más espantoso. Una serpiente bajaba deslizándose desde el techo, acercándose rápidamente a mi cara.

10

Me agaché y me cubrí la cabeza mientras la serpiente seguía deslizándose sigilosamente hacia mí.

—¡Cógela! —oí que alguien gritaba—. ¡Agárrate a ella!

Gritando de pánico, levanté la cabeza y el tenue rayo de luz del casco enfocó hacia arriba. En aquel momento me di cuenta de que lo que se descolgaba hacia abajo no era una serpiente, sino una cuerda.

—¡Agárrate a ella, Gabe! ¡Rápido! —gritó Sari nerviosamente desde arriba.

Sin dejar de sacudirme las arañas y dando patadas para librarme de aquellos bichos que tenía en las zapatillas de deporte, me cogí con ambas manos a la cuerda.

De pronto noté que una fuerza tiraba de mi cuerpo, a través de la oscuridad, hacia el túnel de arriba.

Pocos segundos más tarde, tío Ben se inclinó y me cogió por debajo de los brazos. Mientras me sujetaba, vi que Sari y Nila tiraban de la cuerda con todas sus fuerzas.

Esbocé una sonrisa de felicidad al notar que mis pies tocaban tierra firme.

Pero no pude disfrutar de aquella alegría durante demasiado tiempo. ¡Sentía una enorme quemazón en todo el cuerpo!

Me puse histérico, empecé a patalear, sacudiéndome las arañas de los brazos, de la espalda, aplastando todas las que podía. Miré hacia arriba y vi a Sari que se estaba riendo de mí.

—Gabe, ¿cómo se llama ese baile? —preguntó.

Tío Ben y Nila se pusieron también a reír.

—¿Cómo te caíste allí abajo, Gabe? —inquirió mi tío, mirando fijamente hacia la cámara llena de arañas.

—La pared... creo que cedió —le respondí mientras me rascaba las piernas furiosamente.

—Creía que estabas a mi lado —explicó mi prima—. Pero cuando me di la vuelta... —Su voz se desvaneció.

Un haz de luz del casco de mi tío enfocó la cámara de abajo.

—Hay una buena distancia —dijo tío Ben, volviéndose hacia mí—. ¿Seguro que estás bien?

Yo asentí con la cabeza.

—Sí. Supongo que sí. Sólo me he quedado bastante aturdido. Y, después, todas aquellas arañas...

—Debe de haber cientos de cámaras como ésta —comentó tío Ben, mirando a Nila—. Los que construyeron las pirámides diseñaron un laberinto de túneles y cámaras con el fin de engañar a los saqueadores de tumbas e impedir que encontraran la auténtica.

—¡Qué asco! ¡Esas arañas son gigantes! —refunfuñó Sari, retrocediendo un poco.

—Allí abajo hay miles —le expliqué—. En las paredes, colgando del techo, por todas partes.

—Creo que esta noche tendré pesadillas —dijo Nila acercándose a tío Ben.

—¿Estás seguro de que estás bien? —volvió a preguntarme mi tío.

Me disponía a responderle cuando, de repente, recordé algo. La mano de la momia. La tenía en el bolsillo trasero del pantalón. ¿Se habría roto a causa de la caída?

Me dio un vuelco el corazón. No quería que le hubiera sucedido nada a aquella pequeña mano. Era mi amuleto de la suerte.

Rebusqué en el bolsillo y extraje la diminuta mano. La sujeté alumbrándola con la luz de mi casco y la examiné cuidadosamente.

Exhalé un suspiro de alivio cuando comprobé que estaba en perfecto estado. Seguía estando fría, pero no se había roto.

—¿Qué es eso? —preguntó Nila, aproximándose para verla mejor. Se retiró los cabellos de la cara—. ¿Es el Gran Invocador?

—¿Cómo lo sabes? —inquirí, sujetándolo en lo alto para que

pudiera verlo mejor.

Nila lo observó con naturalidad.

—Sé bastante sobre la cultura del Antiguo Egipto —contestó—. La he estudiado durante toda mi vida.

—Se trata de una antigua reliquia —intervino tío Ben.

—O tal vez se trate tan sólo de un *souvenir* de pacotilla —añadió Sari.

—Sus poderes son reales —insistí, mientras la limpiaba con delicadeza—. Me caí sobre ella. —Señalé hacia la cámara llena de arañas—. ¡Y continúa intacta!

—Yo diría que sí es un amuleto de la buena suerte —añadió Nila, dirigiéndose a tío Ben.

—Entonces, ¿por qué no evitó que Gabe cayera por el agujero? —replicó Sari con cierta insolencia.

Antes de que pudiera contestar, vi cómo los diminutos dedos de la mano de la momia se movían ligeramente, primero hacia fuera y a continuación hacia dentro. Solté un grito y faltó poco para que se me cayera.

—Gabe, ¿qué te pasa ahora? —preguntó tío Ben secamente.

—Mm... nada. No es nada —me apresuré a responder.

Estaba seguro de que no me habrían creído.

—Creo que ya hemos explorado suficiente por hoy —dijo tío Ben.

Mientras nos dirigíamos a la entrada, sujeté la mano delante de mí. No había visto visiones. Estaba completamente convencido. Los dedos se habían movido. Pero ¿por qué motivo? ¿Se trataba tal vez de una señal? ¿Estaría la mano intentando advertirme de alguna cosa?



Dos días después, los trabajadores de tío Ben llegaron a la entrada de la cámara funeraria.

Sari y yo habíamos pasado aquellos dos días dando vueltas en el interior de la tienda o investigando los alrededores de la pirámide. Aunque, puesto que la mayor parte de la zona estaba llena de arena, no había mucho que explorar.

Pasamos toda una larga tarde jugando al Scrabble una y otra vez. Jugar al Scrabble con Sari no era precisamente divertido. Era una jugadora muy defensiva y se pasaba horas buscando maneras de obstruir el tablero impidiendo que pudiera conseguir buenas palabras.

En cuanto se me ocurría alguna un poco rebuscada, Sari se apresuraba a decir que no era correcta y que no podía ser aceptada. Y, como no teníamos ningún diccionario en la tienda, la mayoría de las veces se salía con la suya.

Mientras tanto, tío Ben parecía estar bastante atareado. Debía de estar nervioso porque se acercaba el momento de abrir la tumba.

A Sari y a mí apenas nos dirigía la palabra y se pasaba la mayor parte del tiempo reuniéndose con personas que yo no conocía. Estaba muy serio y concentrado en su trabajo. Durante aquellos días no le vi gastar bromas ni dar palmaditas amistosas a nadie.

También pasó mucho tiempo hablando con Nila. En un principio ella había dicho que no iba a escribir ningún artículo sobre su descubrimiento en la pirámide. Pero ahora estaba decidida a escribir un artículo sobre él. Anotaba prácticamente todas y cada

una de las palabras que él decía en un bloc que llevaba siempre con ella.

Por fin, durante el desayuno, sonrió por primera vez después de dos días.

—¡Hoy es el gran día! —anunció contento.

Sari y yo no podíamos ocultar la emoción que sentíamos.

—¿Vas a llevamos contigo? —le pregunté.

Tío Ben asintió con la cabeza.

—Quiero que estéis allí —explicó—. Quizás hoy formemos parte de la historia de la humanidad. Quizá deseareis recordar este día durante el resto de vuestra vida. —Se encogió de hombros y añadió pensativo—: Quizá.

Poco después, los tres nos encontramos siguiendo a unos trabajadores por la arena en dirección a la pirámide. El tiempo era gris. Espesas nubes cubrían el cielo, amenazando lluvia. La pirámide se elevaba con un aire misterioso para perderse entre las nubes.

Cuando estábamos cerca de la pequeña abertura excavada en la parte trasera de la pirámide, Nila se acercó corriendo, con la cámara bamboleándose delante de ella. Llevaba una camisa azul de algodón de manga larga y unos vaqueros sueltos y descoloridos.

Tío Ben la saludó efusivamente.

—Aún no quiero que hagas fotos —le remarcó con firmeza—. ¿Me lo prometes?

Nila le miró sonriendo. Sus verdes ojos brillaban de entusiasmo. Se puso una mano sobre el corazón.

—Lo prometo.

Todos cogimos los cascos de la pila donde se amontonaba el equipamiento. Tío Ben, que llevaba un enorme mazo de piedra, empezó a deslizarse túnel abajo y los demás le seguimos.

El corazón me latía con fuerza mientras pugnaba por mantener el mismo ritmo que mi prima. Las luces de los cascos nos alumbraban el camino a medida que avanzábamos. Desde arriba me llegaban las voces de los trabajadores y el constante ruido que producían sus herramientas para excavar.

—¡Esto es increíble! —le dije a Sari casi sin aliento.

—Tal vez la tumba esté repleta de joyas —susurró ella mientras doblábamos una esquina—. Zafiros, rubíes, esmeraldas... Quizás

hasta pueda probarme la corona de piedras preciosas de alguna princesa egipcia.

—¿Crees que habrá una momia en la tumba? —le pregunté. El tema de las joyas no me interesaba demasiado—. ¿Crees que el cuerpo momificado del príncipe Khor-Ru está ahí, esperando a ser descubierto?

—¿Es que sólo puedes pensar en momias? —me regañó Sari con cara de asco.

—Bueno... ¡Al fin y al cabo estamos dentro de una antigua pirámide egipcia! —repliqué.

—En esta tumba podría haber joyas y reliquias por valor de millones de dólares —prosiguió Sari—. Y a ti sólo se te ocurre pensar en un viejo y polvoriento cuerpo envuelto en vendas untadas con pez. —Sacudió la cabeza—. La mayoría de los chicos superan su fascinación por las momias a la edad de ocho o nueve años.

—¡Pues tío Ben aún no la ha superado! —respondí enseguida.

Aquellas palabras la hicieron callar.

Seguimos caminando detrás de tío Ben y Nila en silencio. Al cabo de un rato, empezamos a subir por una pronunciada curva del estrecho túnel. A medida que íbamos subiendo el aire se hacía más caliente. Veía las luces delante de nosotros. Dos focos de luz que funcionaban con pilas iluminaron la pared del fondo. Al aproximarnos, me di cuenta de que no se trataba de una pared. Era una puerta.

Dos hombres y dos mujeres estaban arrodillados, trabajando con pequeños picos y palas, retirando los últimos montones de suciedad del suelo.

—¡Qué imagen tan fantástica! —exclamó tío Ben al tiempo que corría hacia los trabajadores—. ¡Es sencillamente increíble!

Nila, Sari y yo le seguimos rápidamente. Mi tío estaba en lo cierto. ¡La antigua puerta era fascinante!

No era muy alta. Tío Ben tendría que agacharse para pasar a través de ella. Pero parecía estar diseñada especialmente para un príncipe.

La oscura madera de caoba, ya petrificada, debió de haber sido trasladada desde muy lejos. Sabía, por lo que había estudiado, que aquella madera no procedía de ningún árbol que creciera en Egipto.

Toda la puerta estaba cubierta de jeroglíficos. Había dibujos de pájaros, gatos y otros animales grabados en la oscura madera.

La imagen más sorprendente de todas era un cerrojo que sellaba la puerta. Tenía la forma de una cabeza de león que mostraba las fauces. Estaba esculpida en oro. La luz procedente de los focos la hacía brillar como el sol.

—El oro no es muy duro —escuché que comentaba uno de los obreros—. Haremos saltar el cerrojo con facilidad.

Tío Ben dejó el mazo de piedra en el suelo. Se quedó un rato examinando la resplandeciente cabeza de león y, después, se volvió hacia nosotros.

—Debieron pensar que esta cabeza de león asustaría a los intrusos que quisieran entrar en la tumba —nos explicó—. Supongo que ha funcionado... Hasta hoy.

—Doctor Hassad, debo tomar alguna fotografía del momento en que se rompa el cerrojo —dijo Nila, acercándose a él—. Ha de permitirme que saque alguna. No puedo dejar pasar este gran momento sin que quede constancia de ello.

Él la miró fijamente.

—Está bien, de acuerdo —convino.

—Gracias, Ben —le agradeció ella con una amable sonrisa, mientras levantaba la cámara.

Los trabajadores retrocedieron un poco. Uno de ellos le pasó a tío Ben un martillo y una fina herramienta que se asemejaba al escalpelo de un cirujano.

—Es toda suya, doctor Hassad —le dijo la mujer.

Mi tío levantó los utensilios a la altura del cerrojo.

—En cuanto lo haya hecho saltar, abriremos la puerta y entraremos en una habitación que nadie ha visto en cuatro mil años —anunció.

Nila sostenía la cámara con firmeza frente a su ojo derecho, al tiempo que ajustaba la lente cuidadosamente. Sari y yo nos situamos al lado de los trabajadores.

La cabeza del león parecía brillar todavía más mientras tío Ben acercaba las herramientas. Un silencio sepulcral invadió el túnel. Se podía sentir la tensión en el aire.

¡Era emocionante!

Me percaté de que estaba conteniendo la respiración de modo inconsciente. Exhalé profundamente y, a continuación, volví a coger aire.

Observé a mi prima. No dejaba de morderse el labio inferior y tenía los puños apretados.

—¿Alguien tiene hambre? ¡Quizá deberíamos olvidarnos de todo esto y encargar una pizza! —bromeó mi tío.

Todos soltamos una carcajada.

Aquél era el auténtico tío Ben. La única persona que conozco capaz de soltar un chiste en el momento más importante de su vida.

De nuevo reinó un silencio total. La expresión de mi tío se tornó seria. Se volvió hacia la antigua cerradura. Colocó el cincel en la parte de atrás del cerrojo y empezó a levantar el martillo.

De repente, se oyó una voz profunda.

—¡Por favor... Dejadme descansar en paz!

12

Solté un grito de terror.

—¡Dejadme descansar en paz! —repitió la ronca voz.

Tío Ben bajó el cincel. Se dio la vuelta con una mirada de sorpresa.

Me percaté de que la voz provenía de detrás de nosotros. Me giré y vi a un hombre al que no había visto hasta el momento, medio oculto entre las sombras del túnel. Se dirigía hacia nosotros con largas y contundentes zancadas.

Era un tipo alto y extremadamente delgado.

Tenía que encorvar la espalda para poder avanzar a través del bajo techo del túnel. Era calvo, aunque tenía unas pobladas patillas de color oscuro. Tenía la cara delgada y un gesto de hostilidad en sus finos labios.

Llevaba una chaqueta tipo safari perfectamente planchada, camisa y corbata. Sus ojos negros, pequeños como aceitunas, se clavaron en los de mi tío. Me pregunté si aquel hombre comería alguna vez. ¡Estaba tan flaco como una momia!

—¡Ornar! —exclamó tío Ben—. ¡No sabía que ya habías vuelto de El Cairo!

—¡Dejadme descansar en paz! —repitió el doctor Fielding, con un tono más suave esta vez.

Ésas son las palabras del príncipe Khor—Ru. Están inscritas en una antigua piedra que encontramos el mes pasado. Ése era el deseo del príncipe.

—Ornar, ya hemos discutido este tema —le replicó mi tío,

suspirando. Bajó el martillo y el cincel.

El doctor Fielding pasó por mi lado y por el de Sari como si fuéramos invisibles. Se detuvo frente a mi tío y se pasó una mano por su desnuda cabeza.

—Muy bien. Entonces, ¿cómo es que te atreves a romper el cerrojo? —inquirió el doctor Fielding.

—Soy científico —respondió tío Ben pausadamente, vocalizando las palabras con absoluta

claridad—. No puedo permitir que una simple superstición interrumpa el avance de los descubrimientos, Ornar.

—Recuerda que yo también soy científico —adujo Fielding, mientras se ajustaba la corbata con ambas manos—. Pero no estoy dispuesto a profanar esta tumba. No pienso ir en contra de los deseos del príncipe Khor—Ru. Y tampoco creo que las palabras del jeroglífico sean una mera superstición.

—Siento decirte que no estoy de acuerdo contigo —continuó mi tío con toda tranquilidad. Se volvió hacia los cuatro trabajadores—. Hemos esperado demasiados meses, demasiados años, para detenemos ahora frente a esta puerta. Si hemos llegado hasta aquí, Omar, debemos continuar adelante.

El doctor Fielding se mordió el labio inferior.

Señaló la parte superior de la puerta.

—Mira, Ben. Aquí hay inscritos los mismos jeroglíficos que en la piedra. La misma advertencia: «Dejadme descansar en paz.»

—Lo sé, lo sé —dijo mi tío, frunciendo el ceño.

—La advertencia es muy clara —prosiguió Fielding acaloradamente, clavando de nuevo sus ojos en los de mi tío—. Si alguien molesta al príncipe, si alguien vuelve a repetir las antiguas palabras escritas sobre la tumba cinco veces consecutivas... el príncipe momificado regresará a la vida. Y se vengará de aquellos que hayan osado perturbar su paz.

Me estremecí al escuchar aquellas palabras. Observé atentamente a mi tío. ¿Por qué no nos había hablado en ningún momento sobre las amenazas del príncipe? ¿Por qué no había mencionado las palabras de advertencia que habían encontrado grabadas en la piedra?

¿Acaso temía asustarnos si nos lo contaba? ¿O tal vez era él

quien tenía miedo?

No. Eso era imposible. No parecía nada asustado mientras hablaba con su colega. Era bastante evidente que ya habían discutido antes sobre ese tema. Me di cuenta de que Fielding no podría disuadir a mi tío de romper el cerrojo y penetrar en el sepulcro.

—Éste es mi último aviso, Ben —dijo el doctor Fielding contundente—. Piensa en todos los que están aquí... —Señaló a los cuatro trabajadores.

—Sólo son supersticiones —replicó tío Ben—. No puedo detenerme por una cosa así. Soy un científico. —Volvió a levantar el cincel y el martillo—. Voy a romper este cerrojo.

El doctor Fielding alzó ambas manos en señal de desaprobación.

—No pienso tomar parte en este sacrilegio —afirmó. Dio media vuelta y por poco se dio un golpe en la cabeza con el techo del túnel. Después, murmurando entre dientes, se alejó y desapareció rápidamente entre las sombras del corredor.

Tío Ben dio unos pasos hacia él.

—¡Omar! ¡Omar! —gritó.

Pero los pasos de Fielding se oían cada vez más lejanos a medida que iba hacia la salida de la pirá—mide.

Tío Ben suspiró y se acercó a mí,

—No me fío de él —murmuró—. En realidad no le importan nada las antiguas supersticiones. Lo que sucede es que desea robarme este descubrimiento. Por eso ha intentado detenerme cuando estaba justo en la puerta de entrada.

No se me ocurrió nada que decirle. Las palabras de mi tío me dejaron atónito. Creía que los científicos tenían una serie de normas referentes a ese tema.

Tío Ben susurró algo al oído de Nila. Luego retrocedió hasta donde estaban los obreros.

—Si alguno de vosotros está de parte del doctor Fielding —les dijo—, es libre de marchar ahora.

Los trabajadores intercambiaron unas miradas.

—Todos vosotros habéis oído las palabras de advertencia que hay en la puerta de la tumba. No deseo que nadie se sienta obligado a entrar ahí —continuó él.

—Pero hemos trabajado muy duro —se lamentó uno de los hombres—. No queremos detenemos aquí. No tenemos otra elección. Debemos abrir esa puerta.

En la cara de mi tío se dibujó una sonrisa de satisfacción.

—Estoy totalmente de acuerdo —concluyó. Se volvió de nuevo hacia la cerradura con forma de cabeza de león.

Miré a Sari de soslayo y me di cuenta de que ella también me estaba mirando.

—Gabe, si tienes miedo, papá te dejará marchar —me susurró—. No tienes por qué pasar un mal trago.

¡Sari nunca se daba por vencida!

—Yo me quedo —le respondí también en voz baja—. Pero si quieres que te acompañe a la tienda porque eres tú la que tiene miedo, cuenta conmigo.

Un fuerte clic hizo que nos volviéramos hacia la puerta. Tío Ben estaba tratando de hacer saltar la cabeza de león de oro. Nila sostenía la cámara enfocada. Los trabajadores estaban de pie, en tensión, sin perderse ninguno de los movimientos de mi tío.

Éste trabajaba con tranquilidad y delicadeza.

Deslizó el cincel por detrás del antiguo sello dorado e hizo una ligera presión.

Unos minutos más tarde, la aldaba saltaba sobre las manos de mi tío. Nila se apresuró a disparar varias veces con la cámara. Mi tío le entregó la cabeza de león con sumo cuidado a uno de sus hombres.

—No es un regalo de Navidad —bromeó—, quiero conservarlo para ponerlo en la repisa de la chimenea.

Todos nos pusimos a reír.

Él asió el borde de la puerta con ambas manos.

—Yo entraré primero —anunció—. Si no he regresado en veinte minutos ... ¡Podéis decirle al doctor Fielding que tenía razón!

Se oyeron más risas.

Dos de los obreros se adelantaron para ayudar a tío Ben a que abriera la puerta. Se colocaron de espaldas contra ella y empujaron con todas sus fuerzas.

La puerta no se movió un ápice.

—Tal vez necesite un poco de engrase —dijo tío Ben con ironía

—. Al fin y al cabo lleva cerrada cuatro mil años.

Presionaron durante varios minutos con picos y cinceles. A continuación, lo intentaron de nuevo, haciendo fuerza de espaldas contra la pesada puerta de caoba.

—¡Ahora! —exclamó mi tío al comprobar que ésta se abría poco más de un centímetro.

Después un par de centímetros más. Todos empujaban, ansiosos por poder ver la milenaria tumba. Dos de los obreros enfocaron sus luces hacia la entrada.

Mientras tío Ben y sus dos ayudantes seguían empujando, Sari y yo nos adelantamos hasta donde estaba Nila.

—¿No os parece increíble? —gritó Nila emocionada—. ¡Aún no puedo creer que yo sea la única periodista que está presenciando esto! ¡Soy tan afortunada!

Me di cuenta de que yo también era muy afortunado.

¿Cuántos muchachos darían lo que fuera por estar ahí en ese momento? ¿A cuántos no les encantaría ser una de las primeras personas en el mundo en visitar una tumba de cuatro mil años de edad dentro de una pirámide egipcia?

En mi mente aparecieron las caras de algunos de mis amigos de mi ciudad natal. Sentí unas ganas locas de explicarles todo lo que estaba viviendo!

La puerta se desplazó produciendo un fuerte chirrido. Después, un par de centímetros más. Y un par más.

La abertura ya casi era lo bastante grande como para que el cuerpo de una persona pudiera pasar a través de ella.

—Alumbrad un poco más con el foco —ordenó mi tío—. Unos cuantos centímetros más y podremos saludar en persona al príncipe.

La puerta cedió ligeramente. Realizando un gran esfuerzo, tío Ben y sus ayudantes consiguieron moverla incluso un poco más.

—¡Ya está! —gritó entusiasmado.

Nila sacó una fotografía. El resto de nosotros empujamos hacia delante ansiosamente. Mi tío fue el primero en pasar a través de la estrecha abertura.

Sari me apartó de un empujón y se plantó delante de mí. El corazón me latía con fuerza. De repente, sentí que mis manos estaban frías como el hielo.

No me importaba quién entrara primero. ¡Lo único que quería era entrar!

Uno a uno, fuimos introduciéndonos en la cámara... Hasta que por fin llegó mi turno. Inspiré profundamente, me deslicé por la abertura, y vi... ¡nada!

Aparte de un montón de telarañas, la sala estaba completamente vacía.

13

Suspiré profundamente. ¡Pobre tío Ben! Todo ese trabajo para nada. Me sentí absolutamente decepcionado.

Eché una ojeada a la habitación vacía. Los focos hacían que las telarañas brillaran como plata. Nuestras sombras se extendían a lo largo del polvoriento suelo como si fuéramos fantasmas.

Me volví hacia mi tío, con la certeza de que él también estaría desilusionado. Pero, para mi sorpresa, estaba sonriendo.

—Enfoca las luces —ordenó a uno de los trabajadores—. Y tráeme las herramientas. Tenemos que romper otra cerradura.

Señaló hacia una pared ,que había al fondo de la sala. Bajo la tenue luz gris, vislumbré el contorno de una puerta.

Había otra cabeza de león esculpida que la mantenía cerrada.

—¡Sabía que ésta no era la auténtica cámara funeraria! —gritó Sari, sonriéndome.

—Tal y como ya os había dicho, lo egipcios solían hacer esto —explicó tío Ben—. Construían varias cámaras falsas para ocultar la verdadera y protegerla de los ladrones de tumbas. —Se sacó el casco y se rascó la cabeza—. De hecho, es muy posible que encontremos más cámaras vacías como ésta antes de descubrir el auténtico sepulcro del príncipe Khor—Ru.

Nila tomó una foto de tío Ben examinando la puerta que acabábamos de encontrar. Luego, me dedicó una bonita sonrisa.

—Tendrías que haber visto la expresión de tu cara, Gabe —dijo—. Se te notaba totalmente decepcionado.

—Pensaba que ... —empecé a hablar. Pero el chirrido del cincel

de tío Ben sobre la pieza de metal hizo que me detuviera.

Todos nos giramos para ver cómo trabajaba. Mientras contemplaba toda aquella sala llena de telarañas, intentaba imaginar qué podía esperarnos al otro lado de la puerta.

¿Otra habitación vacía? ¿O un príncipe egipcio de hace cuatro mil años, rodeado de todos sus tesoros y pertenencias?

Hacer saltar la nueva cerradura era un trabajo lento. Hicimos una pausa para comer y después continuamos. Aquella tarde, tío Ben y sus ayudantes trabajaron durante un par de horas más, procurando con sumo cuidado arrancar el sello sin que se rompiera.

Mientras perseveraban en su tarea, Sari y yo nos sentamos en el suelo para observarles. El aire era caliente y un poco pestilente. Supuse que olería así porque era un aire «milenario». Ambos hablamos sobre el verano anterior y sobre las aventuras que habíamos vivido en la Gran Pirámide. Nila nos hizo una foto.

—Ya casi está —anunció tío Ben.

Todos empezamos a ponernos nerviosos de nuevo. Sari y yo nos levantamos de un salto y atravesamos la sala para situarnos en primera fila.

La cabeza del león saltó finalmente. Dos de los obreros la depositaron con delicadeza en una caja acolchada. A continuación, mi tío y los otros dos trabajadores empezaron a empujar para abrir la puerta.

Ésta parecía estar aún más bloqueada que la anterior.

—Está... está... completamente atascada —refunfuñó mi tío.

Él y los demás sacaron más herramientas y comenzaron a hacer palanca y a hacer saltar la dura capa de suciedad que se había incrustado en los rebordes a lo largo de los siglos.

Una hora más tarde, conseguían moverla unos centímetros. Después otros pocos más. Cuando estuvo entreabierta, tío Ben sacó el foco de su casco y lo introdujo a través de la abertura. Estuvo un buen rato observando la habitación sin hacer ningún comentario.

Sari y yo nos acercamos. El corazón volvió a latirme con fuerza.

¿Qué estaría viendo? ¿Qué es lo que estaría mirando con tanta atención?

Finalmente, tío Ben bajó la luz y se dio la vuelta.

—Hemos cometido un terrible error —dijo él con serenidad.

14

Un silencio espectral invadió la sala. Inspiré profundamente, sorprendido por las palabras de mi tío.

Pero, de repente, una amplia sonrisa iluminó su cara.

—¡Hemos cometido el terrible error de menospreciar nuestro descubrimiento! —exclamó—. ¡Esto será más importante que el descubrimiento de la tumba de Tutankhamón! ¡Ésta es aún más fastuosa!

La habitación se llenó de alegres vítores, que retumbaron en las paredes de piedra. Los trabajadores se dirigieron rápidamente hacia mi tío para estrecharle la mano y felicitarle.

—¡Felicidades a todos vosotros! —declaró mi tío rebosante de alegría.

Todos estábamos felices y charlábamos acaloradamente mientras nos colábamos a través de la estrecha abertura que conducía a la auténtica cámara.

Cuando las luces iluminaron la gigantesca sala, comprendí que, por años que viviera, jamás olvidaría la imagen que tenía ante mis ojos. Ni siquiera la gruesa capa de polvo y las telarañas podían ocultar los impresionantes tesoros que había esparcidos por todas partes.

Mis ojos escudriñaron la cámara rápidamente, intentando no pasar por alto ningún detalle. ¡Pero había tantas cosas! Lo cierto es que por un momento me sentí un tanto aturdido.

Las paredes estaban cubiertas de arriba abajo con jeroglíficos grabados sobre la piedra. En el suelo había un montón de muebles y

otros objetos. ¡Más que una tumba, parecía un desván o un almacén!

Un trono alto y de diseño recto me llamó la atención. Tenía un sol dorado y brillante grabado en el respaldo. Detrás de él, había sillas y banquetas, y también un largo diván.

En la pared se apilaban decenas de jarrones de arcilla. Algunos de ellos estaban rotos o resquebrajados, pero la mayoría estaban en perfectas condiciones.

En el centro de la sala, en el suelo, había una cabeza de mono de oro macizo y, detrás de ella, había unos cofres enormes. Tío Ben y uno de sus ayudantes levantaron cuidadosamente la tapa superior de uno de ellos. Sus ojos se abrieron como platos al descubrir lo que había en su interior.

—¡Joyas! —exclamó mi tío—. ¡Está lleno de joyas de oro!

Sari se colocó a mi lado, con una sonrisa de emoción en la cara.

—¡Esto es alucinante! —le dije en voz baja.

—¡Increíblemente alucinante! —convino asintiendo con la cabeza.

Susurrábamos en medio de aquel espectral silencio. Nadie más decía una palabra. Todos estaban demasiado trastornados por aquella fascinante visión. El sonido más alto que se escuchaba era el clic de la cámara de Nila cuando disparaba una foto.

Mi tío se colocó entre Sari y yo y nos rodeó por los hombros con ambos brazos.

—¿No pensáis que esto es increíble? —preguntó—. Todo se ha conservado en perfecto estado, intacto durante cuatro mil años.

Cuando levanté la mirada hacia él, descubrí que había lágrimas en sus ojos. Sin duda, aquél era el momento más importante de su vida.

—Hemos de tener cuidado... —Empezó a decir. Pero se detuvo a mitad de la frase y me percaté de que cambiaba la expresión de su cara.

Nos condujo a Sari y a mí a través de la habitación y entonces descubrí qué es lo que estaba mirando tan fijamente. Se trataba del sarcófago de una momia construido en piedra, oculto entre las sombras de la pared del fondo.

—¡Guau! —exclamé mientras nos aproximábamos a él.

La piedra, lisa y de color gris, tenía una grieta en la mitad inferior.

—¿Está enterrado el príncipe ahí dentro? —preguntó mi prima ansiosamente.

Durante unos instantes tío Ben permaneció callado. Se quedó de pie, entre nosotros dos, con los ojos fijos en el antiquísimo sarcófago.

—Lo sabremos muy pronto —decidió finalmente.

Al tiempo que él y sus cuatro ayudantes se esforzaban por abrir la tapa, Nila bajó la cámara y se adelantó unos pasos para observar mejor. Sus preciosos ojos verdes no se apartaban de la losa del sarcófago cuando ésta empezó a desplazarse.

En su interior, había un ataúd en forma de momia. No era muy largo y más estrecho de lo que me había imaginado.

Me quedé boquiabierto y agarré la mano de tío Ben cuando descubrimos la momia.

¡Era sumamente pequeña y frágil!

—Es el príncipe Khor-Ru —dijo en voz baja, sin dejar de observar el sarcófago de piedra.

El príncipe estaba acostado boca arriba, con los delgados brazos cruzados sobre el pecho. Entre los vendajes se había filtrado pez. Las gasas de la cabeza se habían caído, por lo que quedaba al descubierto un cráneo también cubierto de pez.

Cuando me incliné sobre el sarcófago, muerto de miedo, tuve la sensación de que aquellas cuencas vacías me miraban como si se tratara de un ser desvalido.

«Aquí dentro hay una persona de verdad —pensé mientras sentía que un escalofrío me recorría la espalda—. Es más o menos de mi estatura. Y murió. Y lo cubrieron de vendas untadas con pez. Y ha estado aquí encerrado durante cuatro mil años.»

Era una persona de verdad. Un príncipe real.

Me fijé en las manchas negras de pez que cubrían su rostro, así como en las gasas, raídas y amarillentas, y en su estático cuerpo, tan diminuto y frágil.

«Una vez estuvo vivo», pensé. ¿Se habría imaginado por un momento que, cuatro mil años después, alguien abriría su ataúd y lo observaría?

Di un paso atrás para recobrar el aliento. Todo aquello era demasiado emocionante.

Vi que Nila también tenía lágrimas en los ojos. Apoyó ambas manos en los bordes del sarcófago y se inclinó sobre el cuerpo del príncipe, sin apartar la mirada de su ennegrecida cara.

—Debe de tratarse de los restos mejor conservados que jamás se han encontrado —dijo tío Ben en un tono pausado—. Por descontado, deberemos realizar muchas pruebas para confirmar la identidad de este hombre. Pero, a juzgar por todo lo que hay en su cámara funeraria, estoy prácticamente seguro de que...

Su voz se apagó cuando escuchamos unos sonidos que procedían de la cámara exterior. Eran pasos. Después, se oyeron voces.

Me di la vuelta y vi que cuatro agentes de policía, vestidos con un uniforme negro, irrumpían en la sala.

—Muy bien. Retrocedan todos —ordenó uno de ellos, llevándose la mano a la funda de la pistola.

15

La habitación se llenó de gritos de espanto.

Tío Ben se dio la vuelta con los ojos abiertos como platos.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó enojado.

Los cuatro agentes de policía de El Cairo se situaron rápidamente en el centro de la cámara, con expresión dura en sus caras.

—¡Tengan cuidado! —les advirtió—. No toquen nada. Todo esto es sumamente frágil.

Tras decir esto, se sacó el casco y observó a todos y cada uno de ellos.

—¿Qué están haciendo aquí? —inquirió.

—Yo les mandé venir —respondió una voz procedente de la entrada.

El doctor Fielding entró. Su rostro denotaba satisfacción, sus diminutos ojos brillaban de emoción.

—Omar... No lo entiendo —le dijo tío Ben, aproximándose hacia donde estaba el otro científico.

—He pensado que sería mejor proteger el contenido de esta cámara —respondió Fielding. Echó una rápida ojeada a su alrededor y vio todos los tesoros—. ¡Maravilloso! ¡Sencillamente maravilloso! —exclamó. Dio un paso adelante y estrechó la mano de mi tío con gran entusiasmo—. ¡Felicidades, a todos! —gritó—. ¡Es tan fantástico que me cuesta trabajo creerlo!

La expresión de mi tío se suavizó.

—Sigo sin comprender por qué has llamado a la policía —adujo,

señalando a los cuatro hombres uniformados—. Ninguno de los que estamos aquí tiene intención de robar nada.

—De eso no me cabe duda —replicó el doctor Fielding, que seguía estrechando la mano de mi tío—. Pero muy pronto correrá la voz, Ben. Y he pensado que debíamos estar preparados para proteger lo que hemos encontrado.

Tío Ben observó a los agentes con suspicacia. Pero, acto seguido, se encogió de hombros.

—Tal vez tengas razón —convino con su compañero de trabajo—. Quizá sea lo más razonable.

—Imagina que ellos no están aquí —dijo Fielding mientras le daba unas palmaditas en la espalda a mi tío—. Te debo una disculpa, Ben. Me he equivocado al intentar detenerte antes. Soy un científico y, como tal, debería de haberme puesto de tu parte. El mundo debe saber que existe esta tumba. Espero que me disculpes. Tenemos mucho que celebrar, ¿verdad?

—No me fío de él —me confesó mi tío aquella misma noche cuando salíamos de la tienda para ir a cenar—. No confío en mi compañero.

Era una noche clara pero refrescaba un poco. El cielo color púrpura estaba cubierto de millones de estrellas blancas y centelleantes. Una suave brisa agitaba las palmeras en el horizonte. La gran hoguera de campamento que habían encendido más arriba crepitaba y las llamas se movían a causa el viento.

—¿Va a cenar con nosotros el doctor Fielding? —preguntó Sari. Aquella noche llevaba puesto un jersey verde pálido, bastante largo, y unos pantalones negros ajustados de algodón.

Tío Ben negó con la cabeza.

—No. Se ha ido corriendo a telefonar a El Cairo. Creo que está ansioso por comunicar las buenas noticias a los que financian el proyecto.

—Parecía muy entusiasmado cuando ha visto la momia y todo lo demás —comenté mientras observaba la pirámide que se elevaba misteriosamente hacia el oscuro cielo.

—Sí, lo estaba —convino mi tío—. ¡La verdad es que cambió de opinión rápidamente! Pero le controlo de cerca. No hay nada que

Omar desearía más que tomar el mando del proyecto. Y tampoco pienso perder de vista a esos agentes.

—Papá, ésta es una noche muy feliz —le interrumpió su hija—. Dejemos de hablar de Fielding. ¡Prefiero que hablemos del príncipe Khor-Ru y de que vas a convertirte en un hombre rico y famoso!

Su padre se echó a reír.

—¡Trato hecho! —respondió.

Nila nos esperaba al lado de la hoguera. Tío Ben la había invitado a unirse a nosotros para hacer una barbacoa. Llevaba una camiseta deportiva blanca y unos vaqueros abombados. La luna, que se elevaba justo por encima de las tiendas, se reflejaba de pleno en su medallón de ámbar.

Estaba realmente preciosa. Le dedicó una amable sonrisa a tío Ben a medida que nos acercábamos. Por la cara de mi tío, no era muy difícil darse cuenta de que ella le gustaba.

—¡Sari, eres más alta que Gabe! —comentó Nila.

Mi prima soltó una risita burlona. Le encantaba el hecho de ser más alta que yo, aunque yo fuera un poco mayor.

—Poco más de un centímetro —me apresuré a decir.

—No hay duda de que los humanos somos cada vez más altos —le comentó a mi tío—. El príncipe Khor-Ru era tan bajo que actualmente sería un enano.

—Lo cual nos conduce a cuestionarnos el hecho de cómo podían construir aquellas gigantescas pirámides unas personas tan bajas —adujo él con tono de sorna.

Nila sonrió y le cogió por el brazo.

Sari y yo intercambiamos una mirada. Sabía lo que mi prima estaba pensando. La expresión de su cara lo decía todo: «¿Qué está pasando entre estos dos?»

Fue una cena estupenda. A tío Ben se le quemaron un poco las hamburguesas, pero lo cierto es que a nadie le importó en absoluto. Sari engulló dos. Yo, en cambio, sólo pude comerme una, lo cual le dio una nueva oportunidad para compararse conmigo.

Realmente ya estaba un poco harto de las fanfarronerías de mi prima. Intenté pensar en algún modo divertido de vengarme.

Nila y tío Ben se pasaban todo el rato bromeando.

—La cámara funeraria parecía el escenario de una película —

comentó Nila—. Todo era tan perfecto: el oro, la diminuta momia... Yo creo que todo estaba preparado. Eso es lo que voy a escribir en mi artículo.

Tío Ben se echó a reír. Entonces se volvió hacia mí.

—¿Te has fijado bien en la momia, Gabe? ¿Has visto si llevaba un reloj de pulsera?

Yo negué con la cabeza.

—No llevaba ningún reloj.

—¿Lo ves? —le dijo a Nila—. Si no llevaba un reloj de pulsera, ¡entonces era de verdad!

—Espero que eso sirva como prueba —añadió Nila, sonriendo dulcemente.

—Papá, ¿conoces las palabras que pueden hacer revivir a la momia? —interrumpió Sari—. Me refiero a las palabras inscritas en la tumba de las que habló el doctor Fielding.

Tío Ben tragó el último bocado de su hamburguesa y se secó un poco de grasa que tenía en la barbilla con una servilleta.

—No puedo entender cómo es posible que un científico de su categoría crea en esas supersticiones —farfulló.

—Pero ¿cuáles son las seis palabras que pueden hacer revivir a la momia? —se interesó Nila—. Vamos, Ben. Dínoslas.

La sonrisa de mi tío se desvaneció.

—¡Ah, no! —dijo mientras señalaba a Nila con un dedo—. No me fío de ti. Si te digo las palabras, estoy seguro de que las pronunciarás sólo para sacar una buena foto para el periódico cuando la momia resucite.

Todos nos echamos a reír.

Estábamos sentados alrededor del fuego de campaña, y sus anaranjadas llamas iluminaban nuestras caras. Tío Ben dejó su plato en el suelo y extendió las manos sobre la hoguera.

—¡*Teki Kahru Teki Kahra Teki Khari!* —dijo finalmente con voz grave, agitando sus manos sobre las llamas.

Se oía un fuerte crepitar. El crujir de una ramita al quemarse hizo que me diera un vuelco el corazón.

—¿Son las palabras secretas? —preguntó Sari.

El asintió con aire solemne.

—Éstas son las palabras del jeroglífico que había en la entrada

de la tumba.

—Entonces, ¿es posible que ahora la momia esté levantándose y desperezándose? —continuó Sari.

—Me sorprendería bastante —replicó tío Ben, mientras se levantaba de un salto—. Te olvidas, querida, de que hay que repetirlas cinco veces seguidas.

Sari se quedó mirando el fuego pensativa.

Yo repetí las palabras en mi mente. *Teki Kahru Teki Kahra Teki Khari*. Deseaba memorizarlas. De repente, se me ocurrió algo para asustar a Sari.

—¿Adónde vas? —le preguntó Nila a mi tío.

—A la tienda donde están los aparatos de comunicación —respondió—. He de llamar por teléfono. —Dio media vuelta y empezó a caminar por la arena hacia la hilera de tiendas.

Nila exhaló un suspiro de sorpresa.

—Ni siquiera nos ha dado las buenas noches.

—Papá siempre se comporta de este modo —explicó Sari—, cuando algo le ronda por la cabeza.

—Creo que será mejor que yo también me vaya —dijo Nila poniéndose en pie al tiempo que se sacudía la arena de los vaqueros—. Empezaré a escribir el artículo para el periódico.

Nos dio las buenas noches y se alejó rápidamente, produciendo un peculiar sonido con las sandalias sobre la arena.

Sari y yo nos quedamos allí, sentados junto al fuego, observando las llamas crepitantes. La media luna parecía estar suspendida en el aire. Su pálida luz se reflejaba sobre la punta de la pirámide que se vislumbraba en la distancia.

—Nila tiene razón —comenté—. El interior de la cámara parecía el escenario de una película.

Sari no respondió nada. Tenía la mirada fija en la hoguera. Ni siquiera parpadeaba. Parecía estar ensimismada en sus pensamientos. Una ramita se quemó y su crepitar hizo que Sari volviera en sí de nuevo.

—¿Crees que a Nila le gusta papá? —me preguntó, clavando sus negros ojos en los míos.

—Sí, creo que sí —contesté—. Siempre le sonrío. —Imité la típica sonrisa de Nila—. Y parece que siempre está de buen humor

cuando habla con él.

Se quedó pensativa ante mi respuesta.

—¿Y crees que a papá le gusta ella? —continuó Sari.

Yo sonreí.

—Eso está muy claro.

Me levanté. Estaba ansioso por regresar a la tienda y llevar a cabo mi plan para asustar a mi prima.

Caminamos en silencio en dirección al campamento. Sari continuaba pensando en lo que habíamos hablado sobre tío Ben y Nila. El aire de la noche era fresco, pero en el interior de la tienda se estaba bien. La luz de la luna se filtraba por la tela. Sari sacó su baúl de debajo de la cama y se arrodilló como si buscara algo entre la ropa.

—Sari —susurré—. ¿Te atreves a que recite las palabras secretas cinco veces?

—¿Qué? —Levantó la vista del baúl.

—Que voy a decir las palabras secretas cinco veces —afirmé—. Ya me entiendes. Sólo para ver si pasa algo.

Esperaba que me lo prohibiera. Esperaba que se asustara y me rogara: «Por favor, Gabe. ¡No lo hagas! ¡Es demasiado peligroso!»

Pero ésa no fue su reacción. Todo lo contrario. Se giró de nuevo hacia su baúl.

—Vale. Intentémoslo —dijo con toda tranquilidad.

—¿Estás segura? —le pregunté.

—Sí. ¿Por qué no? —replicó mientras extraía unos pantalones cortos de algodón.

Me la quedé mirando expectante. ¿Era miedo lo que veía en sus ojos? ¿Estaba fingiendo indiferencia? Me di cuenta de que Sari estaba asustada de verdad y que se esforzaba por ocultarlo.

Me acerqué un poco a ella y recité las palabras prohibidas con el mismo tono grave que había empleado mi tío.

—¡Teki Kahru Teki Kahra Teki Khari!

Sari dejó los vaqueros y se volvió para observarme.

Repetí la cantinela una segunda vez.

—¡Teki Kahru Teki Kahra Teki Khari!

Después una tercera vez. Y una cuarta. Entonces me detuve vacilante. Una fría ráfaga de viento me hizo estremecer.

¿Debía recitar las palabras una vez más? ¿Debía pronunciarlas por quinta vez?

16

Lancé una mirada de duda a mi prima.

Ella había cerrado la tapa del baúl y estaba apoyada sobre él. Me contemplaba con nerviosismo. Se mordía el labio inferior. Me di cuenta de que estaba realmente asustada.

¿Debía recitar las palabras por última vez?

Sentí que otro escalofrío me recorría la espalda.

«Sólo se trata de una superstición —me dije—. Una superstición de cuatro mil años de edad. Es imposible que ese príncipe polvoriento resucite después de tanto tiempo sólo porque yo pronuncie seis palabras que ni siquiera sé lo que significan. ¡Es del todo imposible!»

De repente acudieron a mi mente todas las viejas películas que había alquilado sobre momias del Antiguo Egipto. En ellas, los científicos nunca hacían caso de los maleficios y de las advertencias de las momias sobre el hecho de que no profanaran sus tumbas. Las momias siempre acababan resucitando y decidían vengarse. Se levantaban tambaleantes y agarraban a los científicos por el cuello hasta que acababan por estrangularlos.

Eran películas malas. Pero a mí me encantaban.

Y, en ese momento, mirando a Sari, confirmé el hecho de que estaba asustada de verdad.

Inspiré profundamente, noté que yo también estaba aterrorizado. Pero era demasiado tarde. Había ido demasiado lejos. No podía acobardarme en ese momento.

—¡Teki Kahru Teki Kahra Teki Khari! —grité. Esa era la quinta

vez.

Me quedé totalmente inmóvil, esperando... aunque en realidad no sabía qué esperaba. Tal vez el resplandor de un relámpago.

Sari se puso en pie de un salto. Se retiró un mechón de oscuro cabello de la cara.

—Admítelo. Estás completamente aterrorizada —le dije, sin poder evitar una amplia sonrisa.

—¡De eso nada! —insistió—. ¡Adelante, Gabe! Recita las palabras una vez más. ¡Por mí, como si quieres decirlas cien veces! ¡No conseguirás asustarme! ¡No lo lograrás!

Pero ambos casi nos morimos del susto cuando, de repente, vislumbramos una sombra que se acercaba a la tienda. Por poco se me para el corazón cuando escuché una voz ronca que decía:

—¿Estáis ahí dentro?

17

Las piernas me temblaban de tal forma que casi tropecé con Sari al retirarme unos pasos hacia atrás.

Vi que sus ojos denotaban sorpresa y... pánico.

La sombra se movía con rapidez hacia la entrada de la tienda.

Ni siquiera nos dio tiempo a gritar. No tuvimos tiempo de reaccionar para pedir ayuda.

Entre penumbras, percibí que la lona se abría... y que una cabeza asomaba por la abertura.

—¡Aaah! —Dejé escapar un chillido de terror mientras la negra figura se aproximaba más hacia nosotros.

«¡La momia está viva! ¡La momia está viva!», aquel horrible pensamiento acudía una y otra vez a mi mente mientras seguía retirándome hacia atrás.

—¿Doctor Fielding? —gritó Sari.

—¿Cómo? —Entrecerré los ojos para ver mejor. Efectivamente, se trataba del doctor Fielding.

Intenté con todas mis fuerzas saludarle. Pero el corazón me latía tan rápido, que no podía articular palabra. Inspiré larga y profundamente y contuve el aire en los pulmones unos segundos.

—Estoy buscando a tu padre —explicó Fielding a Sari—. Tengo que verlo inmediatamente. Es muy urgente.

—Está... Está llamando por teléfono —respondió Sari con voz trémula.

El doctor dio media vuelta y salió rápidamente de la tienda, haciendo que la puerta de lona se cerrara ruidosamente tras él. Me

volví hacia Sari, todavía con el corazón en un puño.

—¡Me ha dado un susto de muerte! —admití—. Creía que estaba en El Cairo. Cuando he visto su pelada y brillante cabeza por la abertura de la tienda...

Mi prima se puso a reír.

—Lo cierto es que se parece bastante a una momia, ¿no crees? —Al momento, su sonrisa se desvaneció—. Me pregunto por qué querrá ver a papá con tanta urgencia...

—¡Sigámosle! —le propuse con decisión. La idea acudió a mi cabeza casi sin pensar.

—¡Sí, vamos! —No esperaba que Sari estuviera de acuerdo conmigo tan pronto. El caso es que, antes de que pudiera darme cuenta, ya estaba levantando la lona para salir.

La seguí. Había refrescado un poco. Un viento constante sacudía ligeramente las tiendas, lo que producía la sensación de que estaban temblando.

—¿Por dónde se ha ido? —le pregunté en voz baja.

Sari me hizo una señal con el dedo.

—Creo que esa tienda del fondo es la de las comunicaciones —contestó. Empezó a avanzar hacia allí rápidamente.

Mientras corríamos, el viento levantaba arena sobre nuestras piernas. Oí música y voces que procedían de una de las tiendas donde los trabajadores estaban celebrando el descubrimiento del día.

Por donde pasábamos, la luna arrojaba haces de luz plateada formando una especie de alfombra. Más allá, se distinguía el escuálido cuerpo del doctor Fielding, un poco encorvado, dirigiéndose hacia la última tienda con paso desmañado.

Cuando llegó, entró por una puerta lateral. Sari y yo nos detuvimos a una distancia prudencial. Evitábamos la luz de la luna, ocultándonos entre sombras gigantescas donde no pudiéramos ser vistos.

Se oía la potente voz del doctor Fielding a través de la lona. Hablaba rápida y acaloradamente.

—¿Entiendes lo que dice? —preguntó mi prima en voz baja.

Pero yo no lograba descifrar las palabras.

Unos segundos después, dos siluetas salieron de la tienda.

Llevaban linternas y cruzaron la franja de luz de luna que se reflejaba sobre la arena. Se movían rápidamente entre las sombras.

El doctor Fielding parecía empujar a tío Ben, conduciéndolo hacia la pirámide.

—¿Qué está pasando aquí? —susurró Sari, tirándome de la manga—. ¿Está obligando a papá a ir con él?

El viento levantó una nube de arena a nuestro alrededor. Todo mi cuerpo se estremeció.

Los dos hombres hablaban al mismo tiempo, gritando y gesticulando con sendas linternas. Era obvio que estaban discutiendo.

El doctor Fielding tenía una mano sobre el hombro de tío Ben. ¿Le estaría empujando hacia el interior de la pirámide? ¿O, simplemente, tío Ben iba primero por su propio pie?

Era imposible saberlo.

—¡Vamos! —ordené a Sari.

Nos alejamos de la tienda donde nos ocultábamos y empezamos a seguirles. Avanzábamos lentamente, sin perderlos de vista, pero sin acercarnos demasiado.

—Si se dan la vuelta, nos descubrirán —observó Sari, sin apartarse de mi lado mientras nos arrastrábamos por la arena.

Ella tenía razón. En medio de aquel desierto, no había árboles ni ningún tipo de arbusto tras los que poder ocultarnos.

—Quizá no se giren —la tranquilicé.

Cuando estábamos más cerca, la pirámide apareció ante nosotros como un gigante de color oscuro.

Vimos como el doctor Fielding y tío Ben se detenían en la entrada lateral. Oí que seguían discutiendo acaloradamente, pero el viento me impedía comprender sus palabras.

Tío Ben fue el primero en desaparecer dentro de la pirámide. Fielding se introdujo inmediatamente después.

—¿Crees que ha empujado a papá? —preguntó Sari con voz trémula—. ¡Parecía como si lo estuviera obligando a entrar!

—No-no lo sé —tartamudeé.

Nos aproximamos a la entrada y nos detuvimos para intentar vislumbrar algo en la oscuridad. Sabía que ambos estábamos pensando lo mismo. Los dos nos hacíamos la misma pregunta:

¿Debíamos entrar también?

18

Sari y yo intercambiamos una mirada de duda.

De noche, la pirámide parecía mucho más grande y más oscura. Un fuerte viento chocaba contra sus paredes, como si quisiera advertirnos de que no entráramos.

Nos arrastramos hasta un montón de piedras que habían dejado los trabajadores.

—Aguardaremos aquí hasta que salga papá —sugirió Sari.

No dije nada. De hecho, no teníamos linternas ni ningún otro tipo de luz. Sin algo que nos alumbrara el camino en el interior, no llegaríamos muy lejos.

Me apoyé en las piedras y observé la entrada de la pirámide. Sari se quedó contemplando la media luna, alrededor de la cual flotaban delgadas capas de nubes. Frente a nosotros, el camino se hacía más oscuro.

—¿Crees que papá está en un apuro? —preguntó Sari—. Primero nos dice que no confía en el doctor Fielding y, ahora...

—Seguro que tío Ben está bien —la reconforté—. Piensa que el doctor Fielding es un científico, no un asesino o algo por el estilo.

—Pero ¿por qué ha obligado a papá a meterse en la pirámide en mitad de la noche? —insistió Sari, asustada—. ¿Y de qué estaban discutiendo?

No supe qué responder, me limité a encogerme de hombros. Creo que aquélla era la primera vez que veía a Sari tan asustada. En otra ocasión, habría disfrutado con aquella situación. Ella siempre estaba alardeando de su valor y atrevimiento, sobre todo si se

comparaba conmigo.

Pero en ese momento, ¡era imposible disfrutar con ello! ¡Entre otras razones porque yo estaba tan asustado como ella!

Realmente, por lo que habíamos visto, daba la sensación de que ambos científicos estaban forcejeando. Y también estaba bastante claro que Fielding había empujado a tío Ben al interior de la pirámide.

Sari cruzó los brazos sobre su jersey una vez más y dirigió una mirada hacia la entrada. El viento agitaba sus cabellos, que se arremolinaban en mechones sobre su frente, pero ella ni siquiera se preocupaba por retirárselos de la cara.

—¿Qué podía ser tan importante? —me preguntó—. ¿Por qué han entrado en la pirámide a estas horas de la noche? ¿Crees que alguien puede haber robado algo? ¿No estaban protegiendo la cámara aquellos policías de El Cairo?

—Vi como los cuatro agentes se marchaban —le aclaré—. Se montaron en su pequeño automóvil y se fueron, justo antes de la cena. No sé por qué razón. Quizá se les ordenó que regresaran a la ciudad.

—Estoy tan... tan confundida —admitió Sari—. Y también muy preocupada. No me ha gustado nada la expresión de la cara de Fielding. Ni tampoco el modo tan brusco con que ha entrado en la tienda hace un rato. Nos ha dado un susto de muerte y ni siquiera ha dicho «hola».

—Cálmate, Sari —le dije afectuosamente—. Es mejor que esperemos. Todo irá bien.

Ella exhaló un largo suspiro, pero no dijo una palabra.

Aguardamos en silencio. No sé cuánto tiempo pasó, pero nos parecieron horas.

Las nubes que había en el cielo se disiparon y dejaron la luna al descubierto. El viento continuaba soplando misteriosamente alrededor de la pirámide.

—¿Pero dónde están? ¿Qué es lo que están haciendo ahí dentro? —inquirió Sari.

Me disponía a decir algo cuando, de pronto, vi una luz oscilante que procedía de la entrada de piedra.

Agarré a mi prima por el brazo.

—¡Mira! —le susurré.

La luz se hacía cada vez más intensa. Unos segundos después, la silueta de un hombre surgía entre la penumbra, moviéndose con rapidez.

Era el doctor Fielding.

Cuando la luz de la luna lo iluminó, capté una extraña expresión en su cara. Sus diminutos ojos negros parecían los de un loco y miraban de un lado a otro frenéticamente. Tenía las cejas arqueadas y una extraña mueca en la boca. Parecía que respiraba con dificultad.

Fielding se sacudió la arena de la ropa con ambas manos y empezó a alejarse de la pirámide. Caminaba tambaleándose, con pasos largos y rápidos.

—Pero... ¿y papá? —dijo Sari en voz baja.

Me asomé por un lado del montón de piedras y observé con atención la entrada. No se divisaba el parpadeo de ninguna otra luz. No había señales de tío Ben.

—¡No-no va a salir! —tartamudeó Sari.

Y, antes de que pudiera reaccionar, mi prima se puso en pie de un salto y salió de nuestro escondrijo... ¡para bloquearle el paso a Fielding!

—¡Doctor Fielding! —gritó desesperada—. ¿Dónde está mi padre?

Me levanté rápidamente e intenté detenerla. Vi cómo él la miraba con ojos desorbitados, pero no respondió.

—¿Dónde está mi padre? —repitió ella casi histérica.

Él fingió no verla. Pasó por su lado, caminando con dificultad y tambaleándose, balanceando los brazos como si estuviera borracho.

—¡Doctor Fielding! —chilló de nuevo.

El continuó corriendo entre las sombras de la noche hacia la hilera de tiendas.

Sari se volvió hacia mí. Tenía la cara desencajada de terror.

—¡Le ha hecho algo malo a papá! —dijo entre sollozos—. ¡Estoy segura!

Me giré hacia la entrada de la pirámide. Aún estaba en silencio y a oscuras.

El único sonido que se escuchaba era el silbido del viento chocando con las paredes de la pirámide.

—¡El doctor Fielding ni siquiera me ha respondido! —gritó con expresión furiosa—. ¡Ha pasado como un torbellino por mi lado como si yo no estuviera allí!

—Ya-ya lo he visto —tartamudeé con un hilo de voz.

—Y ¿te has fijado en la expresión de su cara? —continuó—. ¡Era diabólica!

—Sari —empecé a decir—. Tal vez...

—¡Gabe, hemos de ir a buscar a papá! —me interrumpió. Me cogió por el brazo y comenzó a tirar de mí hacia la entrada de la pirámide—. ¡Rápido!

—¡No, Sari! ¡Espera! —exclamé al tiempo que me soltaba de su brazo—. No podemos meternos ahí dentro e ir a tientas. Seguro que nos perdemos. ¡Y nunca encontraremos a tío Ben!

—¡En ese caso, regresemos a la tienda y cojamos un par de linternas! —decidió—. ¡Vamos, Gabe!

Levanté una mano para detenerla.

—¡Tú espera aquí, Sari! —le ordené—. Debes quedarte a vigilar. Lo más probable es que tu padre salga enseguida. Yo iré corriendo a por las linternas.

Sin apartar la mirada de la entrada, empezó a discutir mi plan. Pero, para mi sorpresa, cambió de opinión rápidamente y accedió a

quedarse allí.

El corazón me latía con fuerza mientras me dirigía a toda velocidad a la tienda. Cuando llegué, me detuve en la entrada y oteé en la oscuridad el campamento, con el fin de descubrir alguna pista de Fielding.

Pero no había ni rastro.

Me introduje en la tienda y cogí dos linternas. Sin perder un segundo, regresé veloz a la pirámide.

«Por favor —rogaba en silencio mientras corría—. Por favor, que tío Ben haya salido cuando yo llegue. Por favor, que esté sano y salvo.»

Pero, a medida que me acercaba más, la silueta de Sari se perfilaba con más claridad y... seguía sola. Incluso desde lejos, podía percibirse el miedo reflejado en su rostro. Se paseaba nerviosamente de un lado a otro frente a la entrada de la pirámide.

Me pregunté dónde estaría mi querido tío. ¿Por qué no habría salido ya de allí dentro? ¿Estaría a salvo o en peligro?

Ni Sari ni yo dijimos una palabra. No era necesario. Encendimos las linternas y nos deslizamos por la abertura que había en la piedra. La bajada me pareció más empinada de lo que recordaba. Por poco pierdo el equilibrio y me caigo.

Las linternas enfocaban en todas direcciones sobre el polvoriento suelo. Yo levanté la mía hacia el techo y la mantuve un rato en esa posición, mientras avanzábamos por el túnel lleno de curvas.

Nos movíamos con sumo cuidado. Apoyé una mano en la pared para no perder el equilibrio. Al tocarla, ésta me pareció pulida y poco resistente. Sari me seguía de cerca, enfocando su linterna hacia el suelo para que pudiera ver por dónde pisaba.

De repente, se detuvo en una curva del túnel que conducía a una cámara pequeña y vacía.

—¿Cómo sabemos que vamos en la dirección correcta? —susurró con una voceilla temblorosa.

Yo levanté los hombros e inspiré profundamente.

—Creí que tú sabías el camino —murmuré.

—Sólo he bajado aquí acompañada por papá —respondió mirando por encima de mis hombros para ver la cámara vacía.

—No importa. Continuaremos por aquí hasta que lo

encontremos —le dije intentando que mi voz sonara firme, aunque en realidad estaba muerto de miedo.

Entonces pasó por mi lado y se adelantó enfocando con su linterna las paredes de la habitación vacía.

—¡Papá! —gritó—. ¡Papá! ¿Puedes oírme?

El eco de su voz resonó por todo el túnel de un modo espeluznante. Nos quedamos quietos como estatuas en espera de una respuesta. Pero nadie respondió.

—Continuemos —la animé. Tenía que agachar la cabeza para poder pasar por el estrecho túnel que seguía a la cámara.

¿Dónde nos conduciría? ¿Estaríamos dirigiéndonos a la tumba del príncipe Khor-Ru? Y si así era, ¿encontraríamos allí a tío Ben?

Todas eran preguntas sin respuesta. Intenté que mi cabeza dejara de dar vueltas, pero las dudas surgían sin que pudiera controlarlas, confundiéndome, martilleando en mi mente, mientras seguíamos caminando por las curvas de aquel túnel.

—¿Papá? ¿Papá? ¿Dónde estás? —chillaba Sari cada vez más desesperada a medida que nos introducíamos en aquel laberinto de corredores.

En un momento determinado, tuvimos que subir por una empinada curva que iba a dar a una planicie. Sari se paró de golpe. Choqué con ella por detrás, y casi le tiré la linterna al suelo.

—Perdona —me disculpé.

—¡Mira, Gabe! —exclamó enfocando la luz justo delante de sus zapatillas de deporte—. ¡Son pisadas!

Bajé la mirada hacia el pequeño círculo de luz. Divisé una serie de huellas entre el polvo que cubría el suelo. Tenían la forma de un tacón y unas marcas de suela de goma.

—¡Son de botas de goma! —murmuré.

Ella iluminó el suelo más adelante. Había diferentes huellas en la superficie que iban en nuestra misma dirección. Parecían indicarnos el camino.

—¿Significa esto que estamos avanzando por el camino correcto?

—Es posible —le contesté sin dejar de examinar las huellas—. Es difícil determinar si estas pisadas son antiguas o recientes.

—¿Papá? —gritó Sari muy ansiosa—. ¿Puedes oírme?

De nuevo se hizo el silencio.

Frunció el ceño y con un gesto me indicó que siguiéramos. El hecho de haber encontrado aquellas huellas nos había dado una nueva esperanza. Nos movíamos con más rapidez apoyándonos en la pared para mantener el equilibrio.

Ambos gritamos de alegría cuando nos percatamos de que habíamos llegado hasta la cámara anterior a la de la tumba. Con ayuda de la luz de las linternas vimos claramente los antiguos jeroglíficos que cubrían la pared y la puerta de entrada.

—¡Papá! ¡Papá! —La aguda voz de Sari rompió el tenso silencio.

Escudriñamos la habitación vacía con la mirada y, seguidamente, nos deslizamos por la estrecha abertura al interior de la otra sala. Ante nosotros, se extendía la cámara funeraria del príncipe Khor-Ru, oscura y silenciosa.

—¿Papá? ¿Papá? —insistió Sari.

—¿Tío Ben? —grité yo también—. ¿Estás aquí?

De nuevo, un silencio sepulcral.

Alumbré con la linterna el montón de tesoros que estaban esparcidos por toda aquella sala, así como los enormes cofres, las sillas, y la pila de jarrones de arcilla que estaban en un rincón.

—Aquí no está —dijo Sari sollozando.

—Entonces, si no está aquí... ¿Dónde llevó el doctor Fielding a tío Ben? —pregunté expresando mis pensamientos en voz alta—. No hay ningún otro lugar en la pirámide donde puedan haber ido.

Sari dejó su linterna apoyada en la tapa superior del sarcófago de la momia. Entrecerró los ojos de modo reflexivo.

—¡Tío Ben! ¿Estás en algún lugar de esta habitación? —grité frenéticamente.

Entonces Sari me agarró con fuerza por el brazo.

—¡Gabe, mira! —exclamó. Señaló hacia donde estaba su linterna.

Yo no tenía ni idea de lo que intentaba decirme.

—¿Qué tiene de extraño? —le pregunté.

—Mira la tapa —murmuró Sari.

Hice lo que me ordenaba. La pesada losa de piedra cerraba el sarcófago por completo.

—Está cerrada —continuó Sari, al tiempo que se apartaba un

poco de mí y se aproximaba al sarcófago. Su linterna continuaba allí encima.

—Sí. ¿Y qué? —Yo seguía sin comprender lo que quería decirme.

—Cuando nos hemos marchado esta tarde —explicó Sari—, el sarcófago estaba abierto. De hecho, recuerdo perfectamente que papá ordenó a sus ayudantes que no cerraran la tapa por esta noche.

—¡Es verdad! —exclamé.

—Ayúdame, Gabe —me pidió Sari, mientras dejaba la linterna en el suelo—. Tenemos que abrir el sarcófago.

Yo vacilé un instante y sentí que un escalofrío me recorría todo el cuerpo. Pero no tardé mucho en reaccionar. Inspiré aire profundamente y me apresuré a ayudar a Sari.

Ella ya estaba empujando la tapa de piedra con ambas manos.

Me coloqué a su lado y empujé también con todas mis fuerzas.

La pesada losa empezó a deslizarse con más facilidad de la que esperaba. No dejamos de empujar al unísono hasta que la piedra se movió aproximadamente unos treinta centímetros.

Entonces ambos asomamos la cabeza para inspeccionar el interior del sarcófago y... nos quedamos paralizados de terror.

20

—¡Papá! —chilló Sari.

Tío Ben estaba tumbado boca arriba, con las rodillas dobladas, los brazos a ambos lados del cuerpo y los ojos cerrados. Sari y yo empujamos la pesada losa y la desplazamos un palmo más.

—¿Crees... crees que está...?

Puse mi mano sobre su pecho. Y comprobé que el corazón le latía de forma constante.

—Respira —le dije a Sari. Me recliné un poco hacia delante y le grité—: ¡Tío Ben! ¡Despierta!

Pero él no se movió. Le cogí la mano y la estreché con afecto. Aunque conservaba su calor, la noté sin fuerzas.

—¡Tío Ben! ¡Despierta! —le grité una vez más.

Pero sus ojos seguían cerrados. Toqué la parte de abajo del sarcófago con la mano.

—Debe de estar helado —murmuré.

Sari estaba de pie detrás de mí, apretándose las mejillas con ambas manos. Contemplaba a tío Ben angustiada.

—¡No puedo creerlo! —exclamó con un hilo de voz—. ¡El doctor Fielding lo ha dejado aquí para que muriera asfixiado! ¡Si no hubiéramos llegado a tiempo...! Su voz se apagó de repente.

Tío Ben dejó escapar un tenue gemido. Sari y yo lo observamos esperanzados. Pero seguía sin abrir los ojos.

—Hemos de llamar a la policía —le comenté—. Tenemos que denunciar al doctor Fielding.

—Pero no podemos dejar aquí a papá —replicó Sari.

Me disponía a responderle cuando un terrible pensamiento cruzó mi mente. Volví a sentir que un escalofrío me recorría todo el cuerpo.

—Sari... —comencé a decir yo—. Si tío Ben está dentro del sarcófago, ¿dónde diablos está la momia?

Se quedó boquiabierta. Me miró fijamente en medio de un silencio sepulcral.

Y, en ese momento, oímos pasos.

Alguien se acercaba avanzando pesadamente y arrastrando los pies.

De pronto, la momia irrumpió en la habitación tambaleándose.

21

Abrí la boca para gritar, pero era incapaz de emitir ningún sonido.

La momia empezó a caminar hacia nosotros moviéndose con rigidez. Parecía que miraba hacia delante desde las cuencas de los ojos oscuros por el polvo. Bajo una milenaria capa de pez, su cráneo desnudo nos sonreía maliciosamente.

Continuó avanzando con torpeza. Arrastraba los pies sobre el polvoriento suelo, dejando caer a su paso raídas tiras de gasa. Muy lentamente levantó los brazos y, al hacerlo, se escuchó un ruido espeluznante, como si fuera a romperse en mil pedazos. Se me hizo un nudo en la garganta. Me temblaba todo el cuerpo.

Me retiré del sarcófago. Sari seguía de pie, con las manos en la cara. La agarré por el brazo y tiré de ella.

—Sari, ¡apártate! ¡apártate! —le ordené en voz baja.

Mi prima estaba paralizada observando cómo se aproximaba la momia. Ni siquiera sé si oyó lo que le dije. Simplemente, me limité a tirar de ella con fuerza hacia atrás. No tardamos en topar con la pared.

La momia continuaba aproximándose. Se acercaba cada vez más, mirándonos desde las cuencas de los ojos. Extendió los brazos hacia delante. Tenía las manos amarillentas, llenas de polvo negro.

Sari chilló aterrorizada.

—¡Corre! —le grité—. ¡Huye, Sari!

Pero detrás de nosotros había un muro y, por delante, la momia nos bloqueaba el paso hacia la salida.

Tambaleándose, el polvoriento cadáver seguía avanzando hacia nosotros. Estaba cada vez más y más cerca.

—¡Todo ha sido por mi culpa! —admití con voz trémula—. Repetí las palabras prohibidas cinco veces seguidas. ¡Y ahora la momia está viva!

—¿Qué... qué hacemos? —dijo Sari horrorizada.

No sabía qué responder.

—¡Tío Ben! —chillé desesperado—. ¡Tío Ben, ayúdanos!

Pero mi tío seguía completamente inmóvil dentro del sarcófago. Ni siquiera mis agudos gritos lograban despertarlo.

Sari y yo estábamos paralizados de terror, pegados a la pared del fondo de la cámara, observando impotentes cómo la momia se acercaba, arrastrando sus vendados pies y levantando a su paso nubes de negro polvo.

Un fuerte olor a podrido se apoderó de la sala. Era el hedor que desprendía un cadáver de cuatro mil años que acababa de volver a la vida.

Me pegué a la pared de piedra con fuerza. Miles de ideas se agolpaban en mi cabeza. La momia se detuvo junto al sarcófago, se volvió hacia nosotros con movimientos rígidos y siguió avanzando.

—¡Ya lo tengo! —grité cuando, finalmente, tuve una idea.

Recordé que tenía la pequeña mano de la momia, el Gran Invocador.

¿Por qué no lo habría pensado antes? El verano anterior había devuelto a la vida a un gran número de momias, salvándome la vida.

¿Podría lograr también que se detuvieran? ¿Podría hacer que murieran de nuevo? Si levantaba mi amuleto hacia el príncipe Khor-Ru, ¿podría detenerlo el tiempo suficiente para que Sari y yo escapáramos?

Valía la pena probarlo ya que la momia estaba a punto de atraparnos.

Rebusqué en el bolsillo trasero de mis vaqueros. ¡Mi amuleto había desaparecido!

22

—¡Oh, no! —exclamé asustado al tiempo que rebuscaba frenéticamente en los demás bolsillos.

Pero la mano no aparecía.

—¡Gabe! ¿Qué sucede? —inquirió Sari.

—¡La mano de la momia ha desaparecido! —le expliqué con un tono de voz angustiado.

La momia estaba cada vez más cerca. El hedor que desprendía era cada vez más fuerte.

Yo seguía buscando mi amuleto desesperadamente, pero sabía que ya no nos quedaba mucho tiempo.

—Tenemos que pasar por su lado —le ordené a Sari—. La momia avanza lentamente y sus movimientos son poco ágiles. Si logramos pasar por su lado, podremos...

—Pero ¿y papá? —gritó—. No podemos dejarle aquí, así por las buenas.

—No tenemos otra elección —le dije—. Pediremos ayuda y regresaremos a buscarlo.

Oímos un débil crujido cuando la momia estaba casi delante de nosotros. Era el sonido de un hueso al romperse. Sin embargo, continuó avanzando pesadamente con los brazos extendidos hacia delante.

—¡Sari, corre! ¡Ahora! —grité.

Le di un fuerte empujón. La habitación se nubló ante mis ojos mientras me esforzaba por moverme.

Oímos el ruido de otro hueso al partirse. Al pasar por su lado,

inclinó su cuerpo hacia delante para atraparnos.

Intenté esquivar su mano. Pero sentí cómo unos delgados dedos me rozaban la nuca. Eran fríos y rígidos como los de una estatua.

Sabía que jamás olvidaría lo que sentí cuando aquellos dedos me tocaron.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo. Bajé la cabeza y conseguí escapar. Después seguí corriendo.

Sari no dejaba de sollozar mientras huía. El corazón me latía con fuerza mientras corría para alcanzarla. Me movía tan rápido como podía pero las piernas me pesaban, como si fueran de piedra.

Casi habíamos llegado a la puerta cuando vimos el resplandor de una luz.

Sari y yo gritamos de pánico y nos detuvimos de golpe cuando la luz empezó a filtrarse en la habitación. Divisamos una silueta en la entrada.

Me protegí los ojos del repentino resplandor y observé atentamente aquella figura, ansioso por descubrir de quién se trataba.

—¡Nila! —grité al tiempo que ella enfocaba el techo con la linterna—. ¡Nila, ayúdanos!

—¡Está vivo! —le gritó Sari a Nila—. ¡Está vivo! —Señaló a la momia.

—¡Ayúdanos! —chillé.

Nila tenía los ojos abiertos como platos.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó. De pronto, la dulzura que expresaba su cara se convirtió en ira—. ¿Qué voy a hacer ahora con vosotros, chicos? No deberíais estar aquí. ¡Vais a arruinar el plan!

—¿Qué? —exclamé confundido.

Nila entró en la cámara y levantó la mano derecha. A pesar de la escasa luz que había en la sala, pude vislumbrar lo que estaba sujetando.

¡Era mi amuleto!

La dirigió hacia donde estaba la momia.

—¡Ven conmigo, hermano! —gritó Nila.

23

—¿Cómo has conseguido mi amuleto? ¿Qué estás haciendo con él?

Nila no respondió a mis preguntas. En una mano sostenía la linterna y en la otra la pequeña mano, señalando con ella a la momia que se aproximaba a ella.

—¡Ven conmigo, hermano! —repetía moviendo mi amuleto en el aire, como si con él atrajera a la momia—. ¡Soy yo, la princesa Nila!

La momia avanzaba hacia ella obedientemente. Mientras caminaba, se escuchaba el crujido de sus huesos al romperse por dentro de las vendas.

—¡Nila, para! ¿Qué estás haciendo? —chilló Sari.

Pero Nila seguía sin prestarnos atención.

—¡Soy yo, tu hermana! —le dijo a la momia. Una sonrisa de satisfacción se dibujó en su hermosa cara. Sus verdes ojos brillaban como esmeraldas bajo la luz de las linternas.

»Llevo mucho tiempo esperando este momento —continuó Nila—. He aguardado durante largos siglos, querido hermano. Siempre mantuve la esperanza de que alguien descubriría tu tumba un buen día y nos reuniríamos de nuevo.

La cara de Nila denotaba felicidad. Mi amuleto temblaba en su mano.

—¡Te he devuelto la vida, querido hermano! —continuó diciéndole a la momia—. He esperado mucho tiempo, pero ha merecido la pena. Los dos compartiremos ahora todos estos tesoros. Y, con nuestros poderes, gobernaremos juntos Egipto... ¡como hace

cuatro mil años!

Bajó la vista y me miró.

—¡Gracias, Gabe! —exclamó con entusiasmo—. ¡Gracias por el Gran Invocador! En cuanto lo vi, supe que tenía que hacerme con él. ¡Supe que me devolvería a mi hermano! Las palabras secretas no eran suficientes. ¡Necesitaba también tu amuleto!

—¡Devuélvemelo! —le supliqué mientras intentaba arrebatárselo—. ¡Es mío, Nila! ¡Devuélvemelo!

Ella soltó una risa maliciosa.

—¡Ahora ya no lo necesitarás más, Gabe! —dijo con toda tranquilidad.

Continuó moviendo la mano hacia la momia.

—¡Mátalos, hermano! —le ordenó—. ¡Acaba con ellos ahora mismo! ¡No quiero que haya testigos!

—¡Nooo! —chilló Sari. Ambos nos abalanzamos hacia la puerta, pero Nila nos bloqueó el paso.

Le di un empujón con el hombro en un intento de tirarla al suelo como un delantero de rugby. Pero ella mantuvo el equilibrio de forma sorprendente.

—¡Nila, deja que nos vayamos! —le rogó Sari, respirando con dificultad.

Nila le dedicó una sonrisa malévola y negó con la cabeza.

—No quiero testigos —murmuró.

—¡Nila, sólo queremos sacar a papá de aquí! ¡Puedes hacer lo que desees! —insistió Sari desesperada.

Nila no hizo caso de sus súplicas y levantó los ojos hacia la momia.

—¡Acaba con ellos! —gritó—. ¡No quiero que salgan con vida de esta tumba!

Sari y yo nos dimos la vuelta y vimos cómo la momia avanzaba hacia nosotros pesadamente. Su negro cráneo brillaba en la tenue luz. Mientras avanzaba, arrastraba largas tiras de gasa amarillenta.

Se acercaba cada vez más.

Me volví hacia la puerta. Nila nos impedía el paso. Frenéticamente busqué con la mirada alguna otra salida. No había modo de salir de allí. Era imposible.

La momia seguía avanzando hacia nosotros. Extendió sus frías

manos para obedecer las terribles órdenes de Nila.

24

Sari y yo intentamos llegar hasta la puerta, pero Nila nos lo impidió.

Con las cuencas de los ojos clavadas en nosotros y la mandíbula abierta dibujando una sonrisa maléfica, la momia seguía acercándose con los brazos extendidos hacia delante. De pronto, estiró las manos. Finalmente, llegó tambaleándose hasta donde estábamos.

Pero, para mi sorpresa, pasó por nuestro lado y se fue directa hacia Nila. La rodeó por el cuello con sus negras manos y empezó a estrangularla. Ella protestó con un grito ahogado.

La momia echó la cabeza hacia atrás mientras la tenía agarrada por el cuello. Movié los labios y emitió una especie de gemido.

Después, susurró unas palabras con un tono espeluznante:

—¡Déjame descansar en paz!

Nila soltó un chillido entrecortado. La momia apretó aún más su cuello.

Yo me acerqué y la cogí por el brazo.

—¡Suéltala! —grité.

El oscuro cráneo emitió un jadeo horripilante. Con las manos alrededor del cuello de Nila, la momia continuó apretando más y más mientras ella caía al suelo, hasta que cerró los ojos abatida. Levantó las manos como último intento desesperado de salvarse. La linterna y mi amuleto cayeron al suelo.

Yo cogí la diminuta mano de momia y la introduje en el bolsillo de mis vaqueros.

—¡Suéltala! ¡Suéltala! —le ordené. Salté sobre la espalda de la momia e intenté retirar sus manos del cuello de Nila.

La momia emitió un gemido amenazador e iracundo. Después, empezó a moverse violentamente para derribarme.

Yo jadeaba, sorprendido por la increíble fuerza que demostraba aquel ser. Empecé a deslizarme inevitablemente por su espalda. Intentaba agarrarme con todas mis fuerzas, respirando con dificultad, para no caerme al suelo.

Conseguí asirme al medallón de ámbar de Nila con una mano.

—¡Eh! —chillé mientras la momia se revolvía con furia.

Finalmente, me caí. La cadena del medallón se rompió y éste se me escurrió entre los dedos. Cayó también al suelo y se rompió en mil pedazos.

—¡Noooooo! —El aterrador lamento de Nila retumbó por todas las paredes.

De pronto, la momia se quedó inmóvil y soltó a Nila, que se desplomó hacia atrás. En sus ojos se reflejaba el terror.

—¡Mi vida! ¡Mi vida! —gritaba.

Se apresuró a recoger los pedacitos de ámbar que había esparcidos por el suelo. Pero era imposible volver a recomponerlo.

—¡Mi vida! —gimoteó Nila, mientras observaba aquellos fragmentos de ámbar en la palma de su mano. Levantó la vista hacia Sari y hacia mí—. ¡Yo vivía ahí dentro! —nos dijo—. ¡Cada noche me introducía dentro del medallón! Me ha mantenido con vida durante más de cuatro mil años. Y ahora... ahora...

Al tiempo que pronunciaba estas palabras su voz se debilitaba, su cuerpo empezaba a encogerse. La cabeza, los brazos, todo el cuerpo se iba haciendo más y más pequeño... hasta que finalmente desapareció entre la ropa.

Unos segundos después, Sari y yo nos quedamos paralizados de terror cuando vimos que, de entre los vaqueros y la camiseta de deporte, salía arrastrándose un escarabajo negro. Al principio, el bicho se movía con cierta dificultad. Pero, muy pronto, comenzó a correr por el polvoriento suelo y desapareció en la oscuridad.

—Un-un escarabajo... —tartamudeó Sari—. ¿Es Nila?

Yo asentí con la cabeza.

—Me temo que sí —aseveré mientras observaba el montón de

ropa que había quedado arrugada en el suelo.

—¿Crees que era realmente una princesa egipcia? ¿La hermana del príncipe Khor-Ru? —preguntó Sari.

—No sé. Todo esto es muy extraño. —No paraba de darle vueltas a lo que había pasado, intentando unir todos los cabos sueltos, esforzándome por encontrar el verdadero sentido a las palabras de Nila—. Según ha dicho, cada noche se convertía en escarabajo —le dije a Sari como si estuviera pensando en voz alta—. Se introducía en el medallón y dormía en su interior. Éste la mantenía con vida hasta que...

—Hasta que se te ha caído y se ha hecho pedazos —susurró Sari.

—Exacto —convine—. Fue un accidente...

Pero antes de que pudiera continuar hablando, sentí que una mano helada me rozaba el hombro. Al instante supe que se trataba de la momia.

25

Podía sentir el frío de su mano filtrándose a través de la camiseta.

—¡Suéltame! —le ordené.

Me di la vuelta rápidamente y me dio un vuelco el corazón.

—¡Tío Ben! —grité.

—¡Papá! —Sari se abalanzó sobre él y lo rodeó con sus brazos efusivamente—. ¡Papá! ¡Estás bien!

Retiró la mano de mi hombro y se rascó la nuca. Parpadeó unos segundos y meneó la cabeza, aún un poco aturdido.

Detrás de él estaba la momia, de pie, encorvada, completamente inmóvil, sin vida.

—¡Uf! Todavía estoy mareado —dijo tío Ben, mientras se pasaba la mano por sus cabellos negros y fuertes—. Nos hemos salvado de milagro.

—¡Todo ha sido por mi culpa! —admití—. Repetí las palabras cinco veces seguidas, tío Ben. No quería que la momia volviera a la vida, pero...

Mi tío esbozó una amplia sonrisa. Me pasó el brazo alrededor de los hombros.

—No fue así, Gabe —me tranquilizó—. Nila dijo las palabras antes que tú. —Suspiró profundamente—. Yo no creía en los poderes de las palabras secretas. Pero ahora sí. Nila te robó la mano de momia y recitó las palabras. Utilizó el Gran Invocador para que el príncipe Khor-Ru resucitara. El doctor Fielding y yo sospechábamos de ella.

—¿De veras? —exclamé sorprendido—. Pero yo creía que...

—Empecé a sospechar de ella en la cena —continuó tío Ben—. ¿Recordáis cuando me preguntó cuáles eran las seis palabras que podían hacer revivir a los muertos? Lo cierto es que, hasta aquel momento, yo no había dicho a nadie que eran seis. Entonces fue cuando me pregunté cómo podía saberlo ella.

Tío Ben rodeó a Sari con el otro brazo y nos condujo hasta la pared. Apoyó la espalda y se rascó la cabeza.

—Por eso salí corriendo hacia la tienda de comunicaciones nada más acabar de cenar —continuó tío Ben—. Telefoneé al Sun de El Cairo. Nadie del periódico había oído jamás el nombre de Nila. En aquel momento me di cuenta de que era una farsante.

—Pero nosotros vimos cómo el doctor Fielding te obligaba a salir de la tienda —interrumpió Sari—. Y cómo te empujaba al interior de la pirámide y luego...

Tío Ben sonrió.

—¡Menudos espías estáis hechos! —nos regañó—. Fielding no me obligó a hacer nada de eso. Vio que Nila entraba en la pirámide y fue a buscarme a la tienda de comunicaciones. Ambos nos dirigimos rápidamente hacia la pirámide para descubrir qué estaba tramando Nila.

»Pero llegamos demasiado tarde —continuó—. Ya había resucitado a la momia. Fielding y yo tratamos de detenerla y ella me golpeó la cabeza con la linterna.

»A continuación me arrastró hasta el sarcófago y supongo que me dejó allí encerrado. Eso es todo lo que recuerdo. Hasta ahora, hasta que me he levantado y he visto cómo Nila se convertía en un auténtico escarabajo.

—Pero vimos cómo Fielding salía corriendo a toda velocidad de la pirámide —observó Sari—. Pasó por delante de mí con una extraña expresión en la cara, y...

Dejó de hablar y se quedó atónita. Todos escuchamos perfectamente unos ruidos. Era el sonido de unos pasos que se aproximaban desde el exterior de la cámara funeraria.

El corazón empezó a latirme con fuerza.

Me agarré al brazo de tío Ben.

El sonido de los pasos que se arrastraban era cada vez más

fuerte.

Eran más momias. Otras momias que habían vuelto a la vida y avanzaban tambaleándose hacia la tumba del príncipe.

26

Saqué mi amuleto del bolsillo de los vaqueros. Apoyado en la pared del fondo de la cámara, dirigí la mirada hacia la entrada... y aguardé el momento en que las momias aparecieran.

Pero, para mi asombro, se trataba del doctor Fielding. Venía acompañado de cuatro agentes de policía con uniforme negro, todos ellos preparados para desenfundar su arma.

—Ben, ¿estás bien? —le preguntó Fielding—. ¿Dónde está la chica?

—Ella se ha... escapado —respondió mi tío.

Era obvio que no podía explicar que simplemente se había convertido en un escarabajo.

Los agentes inspeccionaron la habitación minuciosamente. Lo que más les llamó la atención fue la momia, de pie e inmóvil junto a la puerta.

—¡No sabes cómo me alegro de que estés bien, Ben! —exclamó Fielding, mientras apoyaba afectuosamente una mano sobre el hombro de mi tío. Después se volvió hacia Sari—. Creo que te debo una disculpa, jovencita —dijo frunciendo el ceño—. Cuando salí corriendo de aquí estaba completamente aturdido. Recuerdo que estabas fuera de la pirámide. Pero creo que no te dije nada.

—No se preocupe —respondió Sari amablemente.

—Siento mucho haberte asustado —continuó Fielding—. Tu tío estaba inconsciente por culpa de esa mujer y, en aquel momento, lo único en lo que pensaba era en llamar a la policía lo antes posible para que acudiera en nuestra ayuda.

—Está bien. La pesadilla ha terminado —concluyó tío Ben sonriendo—. Salgamos de aquí.

Nos dirigimos hacia la puerta de la entrada, pero un policía nos detuvo.

—Sólo quiero saber una cosa —comentó mientras contemplaba la figura de la momia de pie—. ¿Ha caminado la momia?

—¡Por supuesto que no! —se apresuró a contestar tío Ben con una sonrisa burlona—. Si pudiera andar, ¿cree que se quedaría dentro de este agujero?

Una vez más, me había convertido en el héroe del día. Y, como era de esperar, más tarde, en la tienda, me faltó tiempo para presumir ante Sari de mi valor.

No tuvo más remedio que quedarse callada y aguantar mis comentarios. Al fin y al cabo, fui yo el que detuvo a la momia y el que convirtió a Nila en un escarabajo cuando se me cayó su medallón.

—¡Menos mal que no eres demasiado engreído! —dijo finalmente Sari levantando la mirada como si fuera a añadir algo.

Ya empezaba con las tuyas.

—En fin. El caso es que el escarabajo se fue corriendo y desapareció —explicó—. Estoy segura de que ese bichejo te está esperando, Gabe. Seguramente está dentro de tu cama, aguardando el momento de picarte.

Yo me puse a reír.

—¡Sari, eres incorregible! Serías capaz de inventar cualquier historia con tal de asustarme. Lo que pasa es que no puedes soportar la idea de que yo sea el héroe.

—¡Tienes toda la razón! —admitió secamente—. No puedo soportarlo. Buenas noches, Gabe.

Pocos minutos más tarde, ya estaba con el pijama puesto, a punto de acostarme. ¡Había sido una aventura increíble!

Mientras me metía en la cama y me tapaba con las mantas, tuve la impresión de que jamás me olvidaría de aquella noche.

—¡Aaaaaah!



R. L. STINE. Nadie diría que este pacífico ciudadano que vive en Nueva York pudiera dar tanto miedo a tanta gente. Y, al mismo tiempo, que sus escalofrantes historias resulten ser tan fascinantes.

R. L. Stine ha logrado que ocho de los diez libros para jóvenes más leídos en Estados Unidos den muchas pesadillas y miles de lectores le cuenten las suyas.

Cuando no escribe relatos de terror, trabaja como jefe de redacción de un programa infantil de televisión.